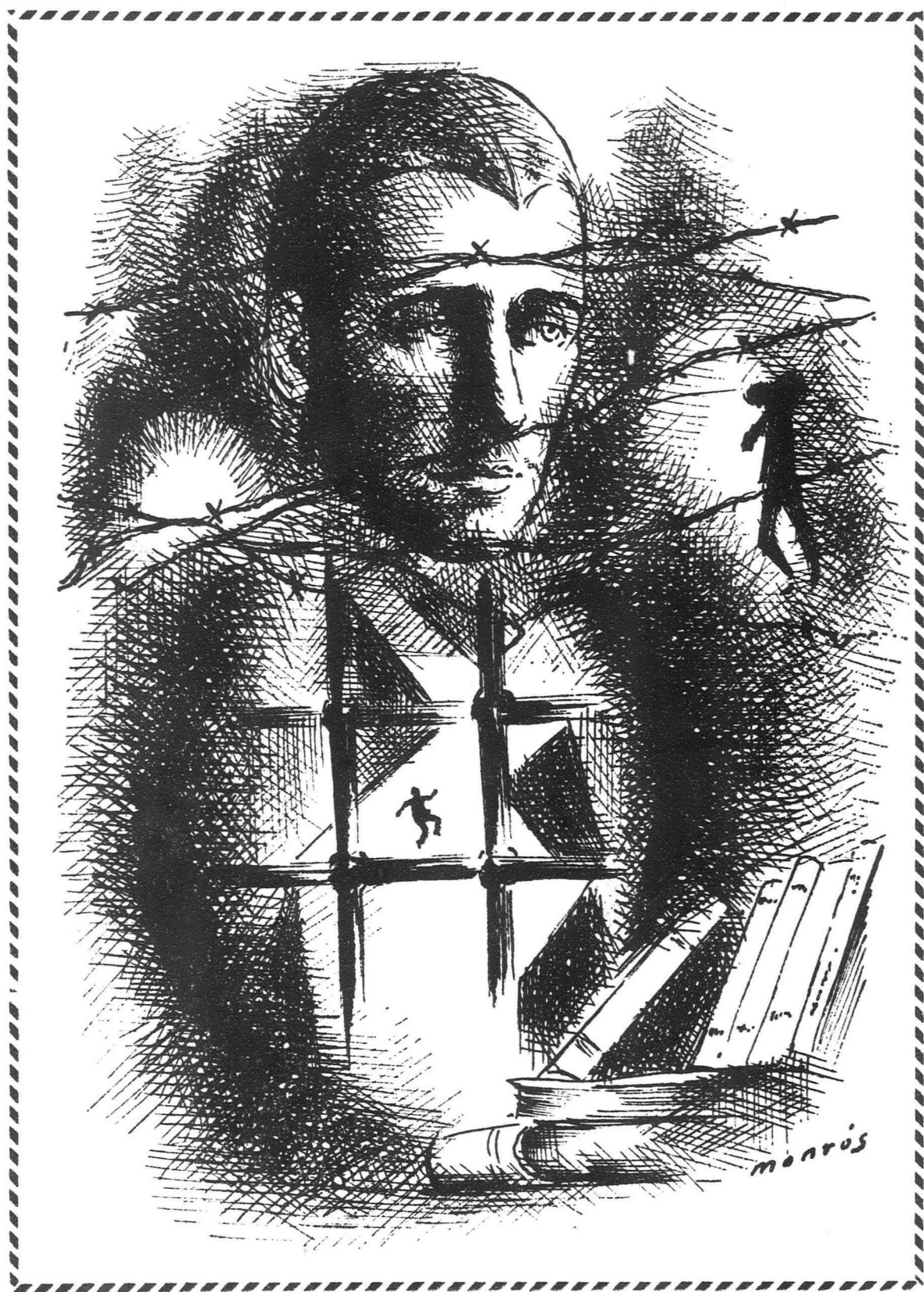


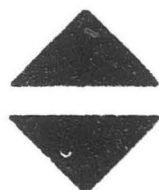
VICTOR GARCIA



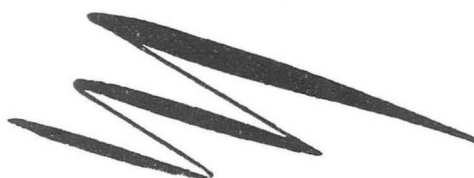
RAUL CARBALLEIRA

VICTOR GARCIA

**Contribución
a una
biografía**



RAUL CARBALLEIRA



EDICIONES
"SOLIDARIDAD OBRERA"
PARIS - 1961



RAUL CARBALLEIRA

INTRODUCCION

Hace siete años, en 1954, Ediciones Juveniles de las F.I.J.L., en su folleto «Vidas cortas pero llenas», nos ofreció la primera versión biográfica sobre Raúl Carballeira, junto a la de Amador Franco, debidas a la pluma amena y ágil de nuestro estimado y ya también desaparecido Felipe Alaiz.

Lamentamos que esa labor de dar realce a figuras extraídas del anonimato, filón y conglomerado humano donde se han gestado las mejores proezas individuales y colectivas, no haya tenido continuidad, porque en ese escudriñar dentro de lo anónimo, cuerpo vital de todo Movimiento u Organización, se encuentran muchas vidas ejemplares para ofrecerlas como prototipos de ese ideal humano que encarna nuestro Movimiento Libertario y que habrían de prestigiarle revalorizándolo.

Algunos años antes, Federica Fontseny en su «Pasión de los españoles en el exilio», glosó, en pinceladas breves, los rasgos más heroicos de unas cuantas vidas, arrancadas también de ese anonimato que ella exalta como un canto con los acentos emocionales de su prosa.

Sin embargo, esa tarea ardua de historiadores o de biógrafos, siendo una necesidad vital para todo Movimiento que quiera dar realce a su historia, halla pocos émulos y el trabajo queda sin hacer o limitado a bosquejos muy incompletos.

Víctor García, que es uno de los pocos aguijoneados por el afán de historia, y que ha dejado de ello constancia en libros precedentes sobre Suramé-

rica y los territorios chino-japoneses, nos ofrece hoy su contribución biográfica sobre la vida de Raúl.

Uno más entre aquella muchachada que irrumpió casi a un tiempo en la lucha y en las ideas; que compartió entusiasmos de revolución y penalidades de exilio y que tenaz, se lanzó al peligro de la clandestinidad, se embarca en la nave del recuerdo y, en ruta hacia el pasado, dominando el pulso, para que no trasluzca apenas, la emoción que registra el corazón al descorrer el velo de la juventud primera, plétora de ensueños y de hazañas realizadas en el marco de una estrecha fraternidad, nos presenta a Raúl en sus correrías de linyera, enmarcado en paisaje pampero.

Al dar cima a este propósito biográfico, interpreta un deseo, una inquietud, que alentaba en muchos, el rendir esa especie de tributo a la amistad, al afecto permanente que Raúl mantuvo y supo despertar en sus amigos.

Ambas biografías, la de Alaiz y la de Víctor, esencialmente distintas en su enfoque, no incurren, a mi criterio, en manifiesta contradicción, ni en redundancia, más bien se complementan.

Acogimos con impaciencia y satisfacción el bosquejo bastante subjetivo que de Raúl nos hizo Alaiz, con el gracejo de su peculiar estilo y la aguda penetración de su juicio certero.

Con no menos impaciencia y aplauso íntimo saludamos hoy esta nueva aparición biográfica en la que Víctor García, más voluntarioso para investigar y recoger datos, siempre apoyados en el soporte de la cita fidedigna, centra mejor el personaje dentro de su propia historia y nos narra a través de un orden cronológico de hechos y de sucesos lo más descollante y emotivo de la vida y pensamiento de Raúl, dejando con frecuencia sea él mismo quien se exprese con la transcripción de párrafos o poesías salidas de su pluma.

La vida corta pero intensa de Raúl se presta bien a una mayor expansión literaria, como al estudio de su sicología, pero la labor del biógrafo en este caso se ha constreñido por factores diversos, uno de ellos la vigencia del régimen franquista, que impide investigar y publicar ciertos detalles. De otra parte, el escollo íntimo. Analizarlo presupone rozar susceptibilidades o hurgar en escondites adon-

de se le negaría información. De ahí que el autor, por modestia o considerando acaso que él u otro pueda ampliar mañana, titula su folleto de contribución biográfica.

En esas páginas que siguen, donde la accidentada vida de Raúl, como su personalidad, se cesdoblan en sus trozos más firmes, más que el homenaje al amigo, alienta el deseo de abrir las páginas de su vida para ofrecerlas como símbolo de juventud, como exaltación de los mejores valores del hombre, como reflejo de esa juventud generosa y auténtica, que como él, antes que él y después de él, fué y será fuerza de vanguardia en las rutas de la humanidad.

Antonia F. BORRAS

La infancia y adolescencia de Raúl está llena de lagunas que difícilmente podrán ser colmadas. Los que han convivido con él sus primeros años, especialmente su hermana Herminia, la única de sus familiares de quien nos hablara varias veces, se han encerrado en un mutismo infranqueable del que nadie ha podido sacarlos.

A la dirección de la ciudad de Juárez, donde viera Raúl la luz primera, ya no hay quien conteste a las misivas que repetidas veces he mandado y lo mismo ocurre en Buenos Aires cuando he tratado de tomar contacto con su cuñado Lisandro. El más absoluto de los silencios ha sido el resultado de cuantas tentativas he realizado para poder hurgar aquel pasado que Raúl viviera y la última vez que estuve en Argentina, en 1956, desesperé definitivamente en conseguir mis propósitos. Los propios compañeros argentinos se han visto impotentes para ayudarme ya que la resonancia de Raúl en aquel país austral es consecuencia de su actuación posterior en España y en el Exilio. El propio Pacheco debe basar el «Cartel» que le dedica (1), en un artículo que « La Obra » me publicara en 1948 a raíz de su muerte.

(1) R. González Pacheco, « Carteles », tomo II.—
« Raúl Carballeira », Americalee, Buenos Aires, 1956.

Del Raúl ya formado, con los ideales ácratas como norte, perteneciente al período pre-Revolución Española, existieron dos compañeros que llegamos a conocer en España: Sergio Chávez y Gerardo F. Ruffinelli, con los cuales se embarcó de polizón en Montevideo y con quienes había departido buenos y malos momentos con anterioridad.

Tampoco ha sido posible localizarlos. Chávez se fué de España poco antes de acabar la guerra y las últimas nuevas suyas fueron desde Amberes a punto de embarcar de nuevo, esta vez legalmente, para el Nuevo Continente. De Ruffinelli hemos sabido de oídas que está, o ha estado, en Paysandú (Uruguay) trabajando de topógrafo o ingeniero pero sin mayor éxito en cuanto a su localización. Durante los meses que estuve en el Uruguay en 1954 me desplazé varias veces a aquella ciudad sin lograr nunca dar con él.

Este período de su vida, pues, tendrá que basarse en lo que mi memoria haya podido retener de las múltiples confesiones que Raúl hiciera, ora en el frente, ora en los campos de concentración, ora en los momentos de reposo y expansión durante la clandestinidad en Francia y en España.

Su nacimiento tuvo lugar el 28 de febrero de 1918 en la provincia de Buenos Aires, en la ciudad de Juárez, como ya hemos señalado más arriba.

De su familia no acostumbraba a hablar casi nunca. Idolatraba apasionadamente a su hermana pero parecía haber un gran abismo entre él y el resto de los familiares. Esto motivó que abandonara muy pronto el hogar y se lanzara a través de las llanuras infinitas de la pampa siendo aún muy joven. Convencido de que el hombre no es responsable ni de los méritos ni de los defectos de los ascenden-

tes, había manifestado en más de una ocasión que su padre era un gran aficionado a la bebida. Lo decía entre los muy íntimos, sin sonrojo, señalando un hecho objetivo que nos permitiera ubicarlo mejor en el remoto pasado austral. No hay duda que este vicio del padre está en el origen de la animosidad que vemos en él hacia el resto de su familia y en el abandonar la casa de Juárez. A los familiares les reprocha la sumisión frente al ebrio, reproche introvertido que no espeta a nadie pero que le fuerza a dejar el hogar y a lanzarse a la aventura.

Y es así que vemos a Raúl proyectarse sobre la gran extensión argentina para fundirse con el simpático personaje que cruza los tres millones de kilómetros cuadrados del país en todas las direcciones sin más bagaje que un hatillo diminuto colgando del hombro: el « linyera ».

Cuando Raúl nos habla del « linyera » pone tanto calor en su expresión que convierte a este personaje, genuinamente argentino, en el ser más noble y simpático del orbe. Dejemos si no que sea el propio Raúl el que nos hable del « linyera »:

«Por las inmensas llanuras argentinas, por las abruptas sierras y hasta por la gigantesca cordillera de los Andes; de Misiones a Santa Cruz, de Buenos Aires a Mendoza, de Entre Ríos a la Pampa, van y vienen en incesante caravana millares y millares de peregrinos sin familia, sin patria, sin propiedad y sin ley. Unos a pie, otros en trenes de carga o mixtos, dentro de los vagones o sobre los techos... sus ojos avizoran constantemente la posible y súbita aparición del « milico » (guardia) enemigo mortal del « linyera ». «Desprecia la sociedad actual, su código, su moral y sus representantes políticos. Si queréis ser

amigos suyos, no le habléis de elecciones y menos de diputados y ministros. Tampoco debéis preguntarle por su documentación. ¿Papeles? ¿Para qué? El « linyera » prescinde de lo inútil.»

«¿Hacia dónde va el « linyera »? Si lo supiera no sería « linyera ». El « linyera » auténtico va rumbo a lo incierto, proa al azar, que es la más intensa y sublime poesía de la vida. Es un tipo gorkiano que salta los campos que cultiva el labriego con la misma facilidad que los terrenos vírgenes y solitarios.»

«Hoy pernocta bajo la frondosa copa de un árbol, fiel amigo del hombre. Mañana duerme al pleno raso, sin más colchón que un matorral de pajas, ni más techumbre que la inmensidad estelar. Nada posee y lo tiene todo. El « linyera » es un símbolo, el símbolo de la insaciable sed de quimera y libertad. Y es anarquista, porque en su corazón palpita sin cesar la eterna rebeldía contra la propiedad y la ley.»

«Hombres de todas las razas y naciones, menos los ingleses, cruzan en múltiples direcciones el territorio argentino. Trabajan — cuando pueden —, unos lo más imprescindible para satisfacer sus más apremiantes necesidades del día. ¿Mañana? ¡No vale la pena de pensar en eso! Otros, los más flojos, piden. Los más audaces, cogen lo que reclama su deteriorado organismo, donde pueden y como pueden. Miles y miles de europeos (rusos, polacos, checos, italianos, españoles, etc.), confraternizan en el dolor común con los nativos del país y con los emigrados de otras repúblicas americanas. Y en el trato cotidiano se desarrolla un sentimiento altamente solidario y cosmopolita entre los «linyeras.»

«En ese ambiente ha penetrado la F.O.R.A. Son muchos los compañeros que, afrontando

peligros y privaciones sin cuento, circulan en los « cargueros » con el « mono » (el hatillo) repleto de manifiestos, periódicos, revistas y folletos de propaganda anarquista» (2).

Leyendo estos pasajes de Raúl nos convencemos de que ha procedido a un autorretrato. El calor que rezuman todos los párrafos de este trabajo literario sólo puede haberlo inspirado la nostalgia de un pasado vivido y sufrido en la propia sangre. Esto para quien no tenga más punto de apoyo que las deducciones. Empero, éste no es nuestro caso. Raúl nos había hablado muchas veces de su vida de « linyera » y eran muchas las veces que nos lo habíamos imaginado encaramado en los techos de los trenes o agazapado entre los ejes de las ruedas. ¿El « linyera » es un hombre al azar, sin rumbo y sin más objetivo que gozar al máximo el espléndido paisaje que la naturaleza brinda al caminante? Raúl hubiera podido, de dejar la modestia aparte, substituir el vocablo « linyera » por el suyo propio de nacimiento. También nos consta que ha deambulado sin papeles por todo el país y que ha odiado al « milico » con tanto ahínco como el gitano odia a la Guardia Civil.

Y si dudas quedaran del autorretrato, éstas se desvanecen cuando surge la afirmación categórica de que el « linyera » es un anarquista, un solitario y un ser que se arriesga en llevar la propaganda ácrata por todos los rincones del país.

El « Cartel » que le dedica Rodolfo González Pacheco al « linyera » (linghera), más breve, más literario, es la consagración de este ser, de este símbolo, como dice Raúl, al que se sumó muy joven y del que siempre guardó nostalgias.

(2) Raúl; « Apología del « Linyera » argentino ». IMPULSO, Toulouse, 9 marzo 1945.

«El linghera es un compañero nuestro, nuestra palabra hecha carne, la Anarquía nuestra vivida al aire y al riesgo. ¡Salud hermano!» (3).

Después de la consagración del gaucho por la trilogía Hidalgo, Ascabusi y José Hernández, tocaba a los anarquistas reivindicar al linyera que, bien lo dice Pacheco, es «un gaucho nuevo, con más arbitrio y más voz; más completo... el hombre que aparece entre los gauchos y sopla sobre sus vidas un viento de rebelión que les alborota el alma y les requinta el chambergo. Les da folletos, periódicos, vacía su «mono» sobre sus recados. Y si no saben leer, les declama él nuestras prosas con el mismo énfasis con que un bohemio declama versos» (4).

Y fué en el linyerismo donde las inquietudes de Raúl, sin norte preciso, sin más marco que una limitada rebeldía, empezaron a tomar forma y finalidad. Allí fué donde se amamantó de anarquismo, de este anarquismo que sería su bagaje, su recado, perenne e inseparable hasta el mismo 26 de junio de 1948.

A todos nos gusta hablar de nuestros años mozos, de adolescencia. A Raúl le gustaba esta inmersión en el pretérito linyerista y su imaginación lo llevaba tan lejos, hacia el pasado y hacia el sur, que nos convertía, a los amigos que le rodeábamos, en sus compañeros de antaño a quienes **declamaba él nuestras prosas**.

Nosotros, a la vez, lo veíamos transformarse poco a poco a medida que tratábamos de seguirlo por Entre Ríos, Corrientes, Misiones,

(3) R. González Pacheco, Op. cit., tomo I, «El Linghera».

(4) R. González Pacheco. Op. cit. tomo I. «El Linghera».

dejando la Mesopotamia argentina, ora hacia el Oeste, al otro lado del Paraná, para recorrer las extensiones de Santa Fé y Córdoba, ora hacia el Este, al otro lado del Uruguay, para discutirles a los **milicos** orientales la inutilidad de los papeles de identidad. Lo veíamos encaramado en los topes de los trenes, acurrucado en los pajares de las estancias del camino, subido en los manzanos del iracundo campesino, desafiando las púas de las alambradas y las embestidas de alguna vaca malhumorada.

«Llovía torrencialmente...»

Cada vez que empezaba «La leyenda del Horcón» la transformación de Raúl era total. Del gran acervo poético suyo, «La leyenda del Horcón» era la que más nos conmovía. Aquel anciano narrando su drama y la traición de su compañera ante una concurrencia entre la que se hallaba precisamente su hijo, ignorándose ambos y terminando con un inmenso abrazo, no ha tenido jamás mejor intérprete que nuestro **payador**.

Pero con los versos de la literatura gauchesca no se quedaba atrás y de ella sabía sacar provecho en aquellos pasajes en que la injusticia social se ponía de manifiesto como los versos que Bartolomé Hidalgo pone en boca de Chano:

«Roba un gaúcho unas espuelas
o quita algún mancarrón (5),
o del peso de unos medios
a algún paisano alivió;
lo prenden, me lo enchalecan,
y en cuanto se descuidó
le limpiaron la caracha
y de malo saltiador

(5) «Mancarrón»: caballo viejo con las patas estropeadas.

me lo tratan y a presidio
lo mandan con calzador.
Aquí la ley cumplió, es cierto
y de esto me alegre yo,
quien tal hizo que la pague.
Vamos, pues, a un señorón:
Tiene una casualidá.
Ya se ve... se remedió...
Un descuido que a cualquiera
le sucede, señor.
Al principio, mucha bulla,
embargo, causa, prisión,
van y vienen, van y vienen,
secretos, admiración.
¿Qué declaró? Que es mentira,
que él es un hombre de honor.
¿Y la mosca? No se sabe:
el Estado la perdió,
el preso sale a la calle
y se acaba la junción.
¿Y esto se llama igualdá?...
¡La perra que me parió! (6).

También acudía a los versos del «Martín Fierro», donde José Hernández supo plasmar, mejor que nadie, la vicisitud gauchesca y las vejaciones de los humildes:

«El anda siempre juyendo,
siempre pobre y perseguido,
no tiene cueva ni nido
como si fuera maldito.
Porque el ser gaucho... ¡barajo!
el ser gaucho es un delito.»
«El nada gana en la paz
y es el primero en la guerra,
no le perdonan si yerra,
que no saben perdonar.
Porque el gaucho en esta tierra
sólo sirva pa votar.»

(6) Bartolomé Hidalgo. «Diálogos», Bs. As.

Del acervo argentino Raúl no se separó jamás. Sus proverbios no eran de nuestro refranero sino del platense. «El que nace barrigón es en balde que lo fajen», solía repetir, que bien podría ser nuestro «La cabra siempre tira al monte». Había una cuarteta que le agradaba citar:

«Al que es rico le dan mates
y mates hasta llenarlo,
y al que es pobre sólo uno
con los palitos nadando.»

Sus expresiones, igualmente, llevaban el condimento porteño y no eran factor menor para darle aquel «algo extraño» que muchos encontraban en él. En Raúl era corriente decir: «Hazme esta gauchada» para pedir un favor; «mándate mudar» para decirle a uno que se fuera; «araña» en lugar de pícaro («amigo araña» le dice a Malsan en los Epitetos que le dedica en « Ruta » del 21-1-1946) (7); «me de-

(7)

EPITETOS

«— ¡Eres un nietzschiano!—
me dijo un palurdo
de aspecto malsano...
— ¡Alto ahí! repuse,
no soy enemigo
del género humano.

Detesto los mitos
y las sinrazones
de sectas, partidos
u organizaciones.
Porque, *amigo Araña*,
la organización
para mí no es diosa
que es arma en acción.

Mi individualismo
vive en armonía
con mi socialismo.



jastes en la estacada», en lugar de «me abandonastes». «Al ñudo», a «dar sogá», «sobre el pucho», «como maíz frito» eran lugares comunes en su léxico bien que cuando escribía prescindía de ellos en favor de un academismo bien comedido y ortodoxo.

Había otra cosa más que lo ataba a sus pagos argentinos: el tango. El tango, porque Raúl encontraba en esta expresión popular porteña atisbos sociales que no contenían las canciones de otros países. Fueron varias las veces que polemizó con los que definían el tango como «un lamento de cabrón». El tango no era necesariamente el canto del marido desesperado; eran muchos los que expresaban amores satisfechos y correspondidos y, eran muchos más los que, si se sabían profundizar, encerraban manifestaciones que rebasaban los dominios del amor para expandirse hacia lo social, lo folklórico, la aventura, la amistad, la naturaleza.

Precisamente los tangos de Raúl tenían siempre algún contenido, una opinión, que cuajaban en la expresión de José Hernández:

«Yo he conocido cantores
que era un gusto el escuchar;
mas no quieren opinar
y se divierten cantando;
pero yo canto opinando,
que es mi modo de cantar.»

Todos sus allegados hemos conocido esta fase rauliana. El mismo Alaiz nos habla de los «tangos corrosivos» de Raúl y en una Apostilla de 1946 ponía de relieve esta peculiaridad:

Y es que ambos se funden
en notas acordes
con el Anarquismo.»

Armando Lacunza
(RUTA, 21 enero 1946. Toulouse.)

«Raúl meneaba el hombro cuando habla, cosa que no hace cuando después de una cosa frugal nos canta tonadas argentinas y nos cuenta episodios de la vida gaucha» (8).

Raúl veía en Carlos Gardel al prototipo de los que «cantan opinando» y sentía verdadera admiración por «El Morocho del Abastos», que los amantes del tango han consagrado. Había hecho la vivisección de todos los tangos gardelianos y eran muchas las ocasiones en que nos invitara a admirar algunos de los pasajes que más lo impresionaban. Desde el campo de concentración, sin más bienes que las prendas puestas, no encontró mejor obsequio para Encarna, uno de sus primeros amores españoles (9), que el mandarles un tango de Gardel.

(8) Rodela. «Apostillas al II Congreso de la F.I. J.L.». RUTA, 30 marzo 1946, Toulouse.

(9). — Las mujeres han jugado un papel muy importante en la vida de Raúl y el apodo que le pusimos en España, durante la clandestinidad, lo ratifica. Le llamábamos «Don Juan». No hay duda de que su personalidad ejercía cierto encanto entre las mujeres y algunas compañeras, buenas y excelentes todas ellas, amaron sinceramente a nuestro hombre, como sinceramente las amó él en los diferentes períodos de su vida.

En el aspecto amoroso, la fase que presenta Raúl es en cierto modo inconstante. Raúl mismo nos lo dice en una poesía que la hace preceder de este significativo párrafo: «Para que puedas conocerme mejor, te copio una poesía que viene a ser un breve autorretrato:

¿POR QUE?

¿Por qué mi corazón es inconstante
y, en pos de otra ilusión percedera
rechaza una ilusión a cada instante?

¿Por qué su sed eterna de quimeras?

¿Por qué se aferra mi alma a lo imposible
y peregrina siempre a la deriva



Sin embargo, Raúl llegó a amar más a España que a su país natal. Mientras la mayoría de revolucionarios extranjeros iban abandonando el frío inhóspito de Gurs y las arenas obsesionantes de Argelés y Saint Cyprien por considerar desgraciadamente terminado el ensayo revolucionario español, Raúl no siente ni siquiera el hormigueo del titubeo y ni una sola vez llegó a insinuar, el deseo de seguir la ruta de regreso que Chávez y Ruffinelli emprendieron, antes de acabar la guerra el primero y poco después el segundo.

Pareciera que en Raúl quisiera cristalizarse el fenómeno telúrico de la América que está cansada de recibir y también quiere dar, tesis que Miguel de Unamuno ha machacado muy insistentemente.

El desarraigo que con facilidad, pareciera, Raúl había llevado a cabo de su país nativo, no podía menos que maravillarnos. Sobre todo cuando, como ya hemos podido comprobar, nuestro hombre se aferraba, por los otros

impulsada por fuerzas invisibles?
¿Por qué todo espejismo la cautiva?
¿Por qué vuela veloz mi pensamiento?
y vibra sin cesar mi sentimiento
abierto a la emoción inmensurable?
¿Por qué vuela veloz mi pensamiento?
¿Por qué el fulgor de una mirada tierna
y el resplandor astral de una sonrisa
a veces son mera apariencia externa?
¿Por qué la flor se amustia tan deprisa?
¿Por qué interrogó en vano a mi conciencia
sobre problemas que no se explican
los grandes sabios de todas las ciencias?
¿Por qué busco lo que ellos no encontraron?
¿por qué...? No sé. Pero yo sé que sueño
y que mi sueño es fuego, luz y vida.
Soy idealista y flota en mis ensueños
una bella mujer de alma encendida.»

(Carta escrita desde Carrara, Italia, en junio 1947)

costados, a todos los jalones que enmarcaban el camino espiritual que conducía al Río de la Plata.

Además, Raúl deja la América del Sur cuando está a punto de cumplir veinte años. Vale decir que ha tenido ocasión sobrada de vivir con intensidad y con plenitud y que sus alforjas deberían guardar cantidades de recuerdos. El drama hogareño que ya hemos señalado, su visión y el temor de tener que encararlo nuevamente, no es motivo suficiente para explicar su actitud sobre todo sabiendo que ya llevaba años de linyerismo, con el yugo familiar sacudido enteramente y sin cuentas que rendir a nadie. Razón de mayor peso la encontraremos seguramente en su decidida voluntad de no hacer el servicio militar. Los que lo hemos conocido a fondo sabemos la rigidez de sus principios y su actitud frente a los obstáculos: afrontarlos, nunca contornearlos.

La rebeldía de Raúl, incoherente en sus comienzos de linyera errante, empezó a definirse primero como antimilitarista que como anarquista. Mientras la presencia y la persecución que sufre el linyera, por parte del **militico**, es real, positiva, sufrida en carne propia, las ideas anarquistas que propagan «La Protesta», «La Organización Obrera», «La Obra» y otras publicaciones libertarias de la época, dramatizadas por las figuras de Kurt Wilckens, Simón Radowitzky y las deportaciones del gobierno de Uriburu, pierden su fuerza cuando rebasan la periferia de las grandes urbes como Buenos Aires, Rosario, Córdoba y Montevideo, y llegan esfumadas en el amplio horizonte de la Pampa. Progresivamente, fatalmente, Raúl iba al encuentro de los ideales ácratas, pero mientras en 1937 el antimilitarismo era un problema de vital importancia, por su edad y por su condición de

linyera rebelde, el anarquismo podría considerarse para aquellos 19 años, todo ebullición e ímpetu, como un objetivo de más lento alcance.

Por eso, cuando en compañía de Sergio Chávez y Gerardo F. Ruffinelli, se decide a pasar el charco, atraído, no perdamos esto de vista, por la Revolución Española, y con andamiaje libertario de cierta consistencia ya, la idea motor, alrededor de la cual giran el anarquismo, la lucha del pueblo ibero y la sed de aventura que anidaba en Raúl, es la de la desertión. El antimilitarismo fué el primer cimiento social sobre el que se fué edificando poco a poco la solidez ideológica de nuestro hombre.

El antimilitarismo estaba tan firmemente arraigado en Raúl y su temperamento recto, obligándole a encarar los acontecimientos de frente, era tan imperioso, que llegó a provocar un serio incidente en La Morana, donde fuimos a parar, en el seno de la 26 División, cuando surgieron los voluntarios de las Juventudes Libertarias a resultas de la retirada de Aragón en abril de 1938: La División Durruti, completamente militarizada, impartió, por decisión de Ricardo Sanz y del comandante de nuestro batallón, Jiménez, la orden de imponernos a todos una instrucción cuartelaria. A los pocos minutos de estar marcando el paso por el rastrojo de un campo de las inmediaciones del pueblo, Raúl abandonaba las filas e iba a sentarse al borde del camino. El había ido al frente a luchar contra el fascismo y no a hacer el autómatas. Libertos y yo nos solidarizamos con él — llevábamos cuatro días conociéndonos — y fué necesaria la buena voluntad y mejor predisposición del compañero instructor quien nos rogó aquel pequeño sacrificio, que no iba a du-

rar, ya que debíamos ganar el frente a marchas forzadas.

A últimos de 1937, cuando Raúl, Chávez y Ruffinelli deciden alcanzar España, el primero se halla en el Uruguay. Su última actividad «pro pane lucrando» era muy original: confeccionaba y vendía postales. El proceso de fabricación era un paciente trabajo de inmersión de diferentes partes de la cartulina, en diferentes tiempos, en un baño de naftalina líquida. El resultado eran unas hermosas vistas brillantes y de cierto relieve que gozaban de relativa demanda entre la población de la República oriental del Uruguay.

El plan era embarcarse clandestinamente en un barco que los llevara a Europa. Con la ayuda de compañeros uruguayos, trabajadores portuarios, consiguieron esconderse en la sentina de un barco vasco anclado en Montevideo.

La aventura tuvo un comienzo catastrófico. El barco, en lugar de dirigirse hacia Europa zarpó rumbo a Buenos Aires y nuestros tres amigos tuvieron que permanecer escondidos en la sentina, ¡durante diez y siete días! De este primer tropiezo Raúl guardó un malestar físico para el resto de sus días: la retención de las necesidades provocó en él una dolencia en la uretra, de la que se resentía intermitentemente.

A los diez y siete días, después de que el barco abandonara Buenos Aires y se halló fuera de las aguas jurisdiccionales argentinas, Raúl, Sergio y Gerardo se dejaron ver en cubierta.

Según contaba Raúl el espectáculo que ofrecieron era trágico-cómico. Eran tres fantasmas que el carbón había ennegrecido completamente. La luz del sol los cegaba y el hambre que no habían podido saciar en su escondite se reflejaba en aquellos rostros enjutos llenos de concavidades.

El capitán decidió regresarlos a Buenos Aires, pero la tripulación, felizmente antifascista, cuando oyó la versión de los tres polizontes, impidió que el capitán llevara a cabo su propósito, y el barco siguió hasta Dakar.

En Dakar la situación de los tres clandestinos se oficializó y consiguieron llegar a Francia sin mayores inconvenientes, desde donde se precipitaron a franquear los Pirineos en busca de la anhelada Revolución. Precediendo de poco su vigésimo aniversario Raúl alcanza Barcelona, «su ciudad», la de las realizaciones ácratas, la que lo verá muerto diez años más tarde, la que le ha deparado, posiblemente, los momentos más intensos de su vida.

Raúl llega a Cataluña en momentos críticos. El fascismo está preparando la ofensiva contra el frente de Aragón, la zona donde mayor y más alto alcance consiguieron las realizaciones constructivas del Comunismo Libertario. El paso a las orillas izquierdas del Ebro y el Segre de las fuerzas republicanas significaba el sacrificio total de todos los ensayos colectivistas del Aragón revolucionario. El gobierno Negrín hace un llamamiento directo a la Confederación Nacional del Trabajo y los compañeros de los comités lo refrendan asegurando que en las columnas confederales se procurará reducir el militarismo al mínimo.

Miles de jóvenes respondieron al llamado y la noche del 13 de abril de 1938 la inmensidad del Teatro Olimpia no bastaba para dar cabida a las marejadas juveniles que iban concentrándose allí desde sus respectivas barriadas y desde las comarcas catalanas. Liberto y yo habíamos llegado, a marchas forzadas, desde las Garrigas donde habíamos estado integrando una colectividad agrícola, Jaime había dejado Villafranca para sumarse a los voluntarios, Baldomero, el simpático mañico, llevaba ya días en Barcelona, igual que Raúl, y

para ellos el integrarse al Olimpia fué un simple desplazamiento de tranvía.

Fuimos a parar al palco de proscenio donde también estaba Manolo Paules «El Bandido». Desde el escenario llamaron a los representantes de grupos para que fueran a buscar las raciones de comida correspondientes y el voluntarioso Jaime se destacó espontáneamente, lo que le valió méritos para que le nombráramos, llegado el momento, cabo de «nuestra escuadra».

Sí, allí estaba Raúl, a nuestro lado, introvertido, algo huraño, sin confundirse en el alborozo de toda aquella muchachada que decidía ir al frente sin darle mayor importancia a esta oferta, en potencia, de la existencia. Consciente del paso que estaba dando y decidido, cerebralmente, a llevarlo hasta el final. Ya se nos manifestaba tal cual se proyectaría sobre Ferrer cuando éste lo conoció en Argelès-sur-Mer. «Era muy serio Raúl, muy debido a las ideas. Muy formalote, tanto que lo hubiese preferido más niño, más sonriente. Pero era un místico y no daba más —o menos— de sí» (10).

Pero todo ello no era más que caparazón. Gana su amistad y su confianza Raúl se desdoblaba, se abría con una ingenuidad de niño, porque niño fué siempre que la intimidad y la protección de las paredes, la de la inmensidad del campo o la de los árboles lo permitían. De aquellas jornadas de La Morana; las pasadas en «Villa Afinidad», una choza constituida por nosotros en las inmediaciones de Pons, cerca de Artesa de Segre, y las del frente de la Ermita de Esplugas parte el conocimiento directo y personal de ese temperamento que llegó a supeditar todo a la voluntad,

(10) J. Ferrer: «Ante la muerte que pasa», «CNT», 23 julio 1948.

produciéndose por ello una paradoja más en el paradojal Raúl porque la voluntad, que implica una función cerebral, se veía siempre objetada por su suprema sensibilidad cuyos orígenes había que buscarlos en el corazón.

En lo que respecta a las ideas, y a pesar del fiel tributo que siempre le rindiera a Kropotkin, Raúl era un malatestiano temperamental y toda su actuación en el campo del anarquismo militante ha sido malatestiana por este punto de partida voluntarista que he señalado y que ponía sello inconfundible en todas sus actuaciones.

La « escuadra » se desmembró muy pronto. A mí me hirieron en el ataque nocturno que hicimos a la Ermita y aún me suena en los oídos el grito de dolor que dejó escapar Raúl cuando Liberto le dijo, en plena oscuridad, que el herido era yo. Fuí evacuado y el frente de Camarassa y de Tremp se estabilizó. El general Rojo llevó a cabo la ofensiva suicida del Ebro y, por la parte del Segre las actividades bélicas se concentraron desde el oeste de Lérida hasta la confluencia del río con el Ebro.

La inactividad llevó a un recrudecimiento de la disciplina cuartelaria, que terminó por violentar tan extraordinariamente el temperamento antimilitarista de Raúl, que éste, meditando las consecuencias con todos sus agravantes, decidió una vez más afrontar decididamente la situación en pleno acuerdo con sus principios y un buen día, igual que Liberto y Jaime (11) abandonó el batallón y se dirigió a Barcelona.

Ingresó en las Juventudes Libertarias de Faros, donde conoció a Encarna, quien jugó un importante papel en su vida hasta que en Francia fuimos discriminados, unos al campo

(11) El hecho lo llevó a cabo cada uno en días y circunstancias diferentes.

de concentración y las mujeres a los refugios del interior del país, y desde Faros se dedicó a aguijonear el espíritu revolucionario de los compañeros para que no cedieran frente al manido tópico de «primero la guerra», que trataba de yugular el ensayo revolucionario para las Calendas Griegas.

Sus amigos del viaje, Ruffinelli y Chávez, estaban totalmente apartados de su mundo bien que con Ruffinelli se veían a menudo en la Federación Local de las J.J. LL. de la Puerta Ferrisa de Barcelona, donde Ruffinelli, bohemio murgueriano empedernido, vivía, en un entresuelo, en el más completo desorden y en la hidrofobia más pronunciada. A Chávez, que vivía con su compañera, lo visitaba muy de tarde en tarde a base de visitas breves y para intercambiarse noticias de los pagos argentinos. Ambos habían dejado de ser de su mundo y con Ruffinelli llegó a violentarse bastante cuando la Federación Local de J.J. LL. mandó su delegado al desgraciado Comité Ejecutivo que la Organización, en Cataluña, consideró necesario crear. Ruffinelli era secretario de Cultura y Propaganda de la Federación Local y Raúl lo responsabilizaba por el paso marxista que las Juventudes Libertarias realizaban al sumarse a la decisión de la C.N.T. y la F.A.I. de Cataluña.

Con otros compañeros argentinos y **argentino**ides solía verse algunas noches en el número 30 de la Vía Durruti de Barcelona, donde me llevaba a matear, y a discutir, y a recordar la Argentina lejana. Allí iban Radowsky, Santillán, Ildefonso, Laureano Fernández, el viejo Mari y muchos compañeros más que no tengo presentes, pero que daban a las «mateadas» pretensiones de asamblea algunas veces por el gran número de asistentes.

La causa republicana, militarmente, estaba perdida. En enero de 1939 la caída de Barce-

lona era inminente a pesar de la consigna « Resistir » que ya nadie pensaba llevar a cabo. A partir de la segunda quincena del mes el éxodo hacia Gerona para acercarse a la frontera francesa había empezado y Barcelona veía sus arterias abarrotadas de gentes y vehículos que abandonaban la Ciudad Condal. Los días 23, 24 y 25, lunes, martes y miércoles, la evacuación incluía también a la militancia, la cual se reagrupaba frente a la Casa CNT-FAI de la Vía Durruti, junto con sus familiares y por todos los medios disponibles eran evacuados hacia Gerona. Los medios no alcanzaron a cubrir las verdaderas necesidades y muchos tuvieron que regresar a sus hogares después de inútiles horas de espera, delante de la puerta de la Casa Grande, donde el instinto de conservación no respetaba edades ni escalafón de responsabilidades. Entre los que esperaron inútilmente y tuvieron que regresar con la congoja en el pecho, sabedores de la suerte que les esperaba, estaban Carmen y Antonio Sarrau, los padres de Liberto. Franco no le perdonó al íntegro Sarrau toda una vida dedicada a las ideas y fué de los primeros en ser fusilado.

Por distintos caminos fuimos a parar ambos a Rabós, un pueblecito enclavado en las primeras estribaciones pirenaicas. Allí tenía S.I.A. una colonia infantil y fueron muchos los compañeros que llegaron hasta allí, a pocos kilómetros de una cúspide del Pirineo, que señala el comienzo de la seguridad física del antifranquista acosado. Raúl no se separaba de Encarna y nos veíamos muy poco. Una de las ocasiones fué cuando le plantamos cara a Santillán, que nos quería « movilizar » para cavar trincheras. Fué una de las veces que más vocablos porteños espetó Raúl y terminó con un « mándate mudar », que no dejaba lugar a dudas.

Ya en Francia, a donde de nuevo llegamos por diferentes rutas, Raúl fué a parar al campo de Saint Cyprien, donde consiguió reunirse con Diego. El grueso de los afines nos hallábamos en Argelés. Habíamos, en el campo civil, conseguido un gran toldo que supimos convertirlo en un excelente abrigo donde regía el principio rabeliano de la Ermita de Theleme: «Haz lo que quieras». Liberto, Jaime, Gosálvez, Arcos, Roa, Alfonso, Casajuana y algunos compañeros más habíamos ido localizándonos hasta agruparnos en el campo civil, huyendo de los campos militares desde donde nos herían los tímpanos las cornetas con sus toques de diana, fajina y llamada, y en donde todo el mundo tenía que acudir al rancho, sistema cuartel.

Aquella chabola era una oficina de correspondencia durante todas las horas del día. Se escribía a todas partes y a todos los amigos. Así fué que poco a poco fuimos localizando a todos los seres afines y queridos desperdigados en Francia y así supimos que Raúl y Diego estaban en Saint Cyprien, unos cuantos kilómetros más al norte de Argelés, siempre al lado del Mediterráneo.

Raúl y Diego planearon una atrevida escapada, no para deambular libres por las ciudades de Francia llamando en las puertas de los organismos solidarios y viviendo a salto de mata en un país desconocido donde gentes e idioma nos eran hostiles. La escapada tenía otro objetivo: llegar hasta Argelés. Tuvieron que aguardar una noche sin luna y burlar la vigilancia de los senegaleses y la gendarmería. La única orientación era la silueta del Canigó y la Estrella Polar. No tenían planos y nadie había podido informarles sobre la situación de los caminos y los posibles lugares vigilados. Por eso aquella escapada fué toda una aventura en la que no faltó la ciénaga,

las vallas, las siluetas de los gendarmes, los aullidos de los perros y el temor de que el nuevo día se les echara encima sin haber conseguido el objetivo. Total, ¿para qué?, dirán algunos. Para cambiar de cárcel, de campo de concentración.

No, exactamente. Aquella hazaña, que Raúl repetiría dos años más tarde de Argelés a Barcarés para reunirse con Arcos, demuestra la tremenda sed de amistad y de compañía afin que Diego y Raúl tenían. Su actitud, a través de los años, se hace cada vez más magnífica. Estar juntos para compartir todas las vicisitudes que el exilio pudiera depararnos: «Aquí se nos presenta nuestro compañero tal como era — escribe Roa —, se fugó de dicho campo (Saint Cyprien) para pasar desapercibido al de Argelés-sur-Mer, en donde estaban sus afines, su grupo, los que le comprendían más su sencillo y prudente carácter» (12).

Recuerdo aquella mañana de primavera — «todo lo era, menos primavera», dirá Ferrer en que irrumpieron debajo del gran toldo. Creo que la emoción que exteriorizamos todos fué suficiente recompensa a la heroicidad de nuestros amigos. No parábamos de hacerles preguntas, de acosarles con abrazos y tirones de mangas, de sacudirles el cuero cabelludo. Ellos habían llegado al lado exterior de las alambradas cuando aún era de noche. La playa fué el punto de referencia que los condujo derechos al campo. Sabían que en algún lugar determinado una barrera de alambre de púas les cortaría el paso. Del otro lado estaba el objetivo. Franquearon la alambrada sigilosamente y pasaron a integrar la confusa población concentrada estimada en 100.000 habitantes. Tuvieron tiempo de lavarse y esperar

(12). — Germen: «Recordando a Raúl Carballeira». «CNT», 31 de julio de 1948.

la llegada del nuevo día hasta que pudieron preguntar a los madrugadores dónde se hallaba el campo civil y dónde se hallaba el grupo que respondía, más o menos a nuestra descripción.

Creo sinceramente que el campo de concentración fué una universidad para Raúl, como lo fué para muchos estudiosos. Raúl, cuando veía un libro, verdadero mirlo blanco en aquel recinto, se volvía hasta grosero en su empeño de conseguirlo. Lo devoraba todo y lo asimilaba todo. Una vez cayó en nuestras manos «Todos los hombres son enemigos», de Richard Aldington, produciéndole una gran impresión que duró mucho tiempo, al extremo de que en Barcelona, poco antes de su muerte, aún estuvimos comentándolo con motivo del cotejo que hicimos con otro libro de Aldington: «La muerte de un héroe». En realidad todo cuanto fué leído en aquellas circunstancias de concentrado adquirió una importancia extraordinaria que hacía desmerecer otras lecturas realizadas más tarde en la normalidad de la vida ciudadana.

También cayó en sus manos «La conquista del pan», que Raúl conocía ya, pero que devoró de nuevo. Este libro fué motivo de un desgraciado incidente por cierto. Alfonso, integrante de nuestro grupo, bueno como el sol andino y un cuerpo lleno de cicatrices de metralla fascista, fué sorprendido con el libro debajo del brazo en una incursión de las muchas que periódicamente hacían los gendarmes. El nombre de Kropotkin no les era desconocido, por lo visto, y se llevaron a Alfonso al «Cuadrilátero» a pesar de la manifestación que Raúl consiguió levantar en su favor. Cuando vimos a Alfonso de nuevo, éste estaba en España. Con soledad el exilio no lo resistía nadie. El pobre pasó al «Cuadrilátero»

(13), a Colliure y después de varios deambuleos no pudo más con la soledad y las heridas de la guerra y regresó.

Había humor para celebrar veladas a la luz de la grasa vegetal, que sacrificábamos en las comidas que nos hacía Casajuana y en ellas intervenía Raúl con el consabido tango, el «corrosivo tango», que dice Alaiz, o con alguna poesía gauchesca.

A dos pasos del Campo Civil estaba el campo de los Internacionales, donde se hallaba Cosme Paules, que veía próxima la posibilidad de llegar al país de sus mayores: Cuba, y en donde había una buena cantidad de compañeros argentinos, entre ellos el propio Radowsky. Sin embargo, Raúl nunca pensó en dejarnos para reintegrarse con los «internacionales», que esperaban una repatriación cercana. El «Alea jacta est» de Raúl estaba decidido. Su destino lo había remachado con el de España y el de los anarquistas españoles. La amenaza de guerra que Hitler cernía sobre Europa no pudo amilanar a nuestro amigo que — lo repito — ni por un momento pensó en sacarle provecho a su condición de americano para abandonar el continente en ascuas.

Posiblemente, y a pesar de las apariencias, su actitud era la más inteligente. Los «internacionales», antes no consiguieron alcanzar sus países de origen tuvieron que vivir meses y meses en la mayor de las soledades y en la más apretujante de las congojas. Quién sabe si la hipersensibilidad de Raúl, rodeado de gentes extrañas, sin posibilidad de expansión espiritual, víctima del «bulo» sempiterno que cada día se posesionaba de las mentes candidatas al desvarío no hubiera terminado como aquel infeliz húngaro que en Gurs se suicida

(13). — « Cuadrilátero », (Campo de castigo).

y deja un papel escrito con un gargajo, y la frase: «Esto es lo que lego a la humanidad».

El deambuleo por los campos duró exactamente un año. Desde Argelés fuimos a Barca-rés, donde Casajuana quedó licenciado de su categoría de cocinero porque teníamos que acudir al rancho. Otra vez Argelés y, con la Navidad de por medio, última transferencia a Bram.

Fué uno de los inviernos más crudos. Murieron algunos ancianos y tuvieronse que amputar algunos miembros. Muchos orinaban en botellas durante la noche y por la mañana los orines se habían solidificado y quebrado el recipiente. Los de más edad, como Gómez, el padre de Olimpia — tu buen compañero, Dolores —, Miguel Giménez Igualada, Laureano Fernández, eran los que más sufrían por el acose del frío. Las autoridades jamás distribuyeron una sola manta, siguiendo la idea de Albert Sarraut, ministro del Interior, quien inclusive fué vitoreado en Bram con motivo de una visita que hizo al campo (14).

En este año de concentracionarios, el grupo fué desperdigándose. Liberto se fué con su tío Salvador, Roa se quedó en Argelés, Arcos fué transferido a Sepfonds y de allí, gracias a sus dotes de ajustador mecánico, se incorporó

(14). — Los debates que nuestra presencia en los campos de concentración soliviantaba en las Cámaras de París son célebres. El derechista va co Ibarnegaray le preguntó a Sarraut qué pensaba hacer con los refugiados y éste le re licó que estaba estudiando la posibilidad de ubicarnos en el Pacífico. «¡Muy bien — contesto Ibarnegaray —, en el Pacífico pero al fondo!»

El motivo de que nunca se distribuyeran mantas en los campos de concentración también lo explicó Albert Sarraut a su manera: «El refugiado o español podrá abandonar su comida, su fusil y su macuto, pero nunca abandonará su manta» (?).

bien pronto a la vida «civilizada» en Toulouse. La más lamentable de las separaciones fué la de José Gonsálvez que la muerte nos lo arrebató en Argelés a resultas de una infección intestinal. En Bram, del grupo al que se reunieron Raúl y Diego en Argelés, cuando la escapada de Saint Cyprien, no quedábamos más que Diego, Casajuana y yo.

En febrero me tocó a mí abandonar el grupo, que salió en el mismo mes hacia los departamentos centrales franceses para trabajar abriendo zanjas para instalaciones.

El avance alemán trunció muy pronto nuestras ilusiones de hombres incorporados a la sociedad. Hay que hacer el hatillo de nuevo y replegarse hacia el sur, siempre más allá de donde las fuerzas hitlerianas establezcan su línea de **demarcación**. Inclusive la economía de las empresas que se hallan en zona libre se ve afectada por la hecatombe del ejército francés y hacia las ciudades del mediodía francés: Brive, Toulouse, Burdeos, Marsella, Montpellier, Perpignan, van fluyendo los refugiados, que presienten la clase de medidas que el ejército alemán tomaría contra ellos si cayeran en sus manos.

Raúl, después de una efímera convivencia con Diego y María, incapaz de asimilar las imposiciones de un capataz desconsiderado y bruto y un trabajo de pico y pala que reclamaba una aclimatación para todo hombre que, como Raúl y la mayoría de nosotros, había permanecido tanto tiempo infra alimentado y en la más completa inactividad, agravado el hecho por su bagaje de linyera que no podía acostumbrarlo a los horarios fijos, terminó por tener que abandonar la empresa y fué a parar de nuevo al campo de Bram, donde tuvo la suerte de reunirse con Giménez Igualada y algún que otro **compañero**.

De allí, a últimos de verano, la mayoría de los concentrados son transferidos a Argelés de nuevo. Raúl se ve forzado a realizar un peregrinaje por los lugares que nos habían visto a todos reunidos, eufóricos a pesar de las alambradas, dinámicos y estudiosos a pesar de la infra alimentación. Todo aquello tiene que parecerle desolado a nuestro hombre a pesar de la multitud allí concentrada. El ambiente ha cambiado totalmente. Es un ambiente de derrota. Ya se sabe que Peiró y Companys han sido entregados a Franco, que hay trenes diarios, con puertas y ventanas precintadas que van a Port Bou. Los alemanes han trazado una línea sobre el mapa de Francia al sur de la cual se lee «Zona Libre», pero nadie se llama a engaño y todos saben que el gobierno de Vichy está a las órdenes de Berlín, donde el cuñadísimo Serrano Suñer tiene un ascendiente muy peligroso. La versión que los franceses tienen interés en propagar entre los concentrados de Argelés, es la de una posible evacuación para el África. Por esto han eliminado los demás campos y han habilitado el de Argelés, por su proximidad con Port-Vendres.

Felizmente para Raúl, Arcos también se halla en Argelés. Todo el personal refugiado de la Devoitine de Toulouse es llevado a Argelés con el engaño de que serán enviados a la planta que se está habilitando en Argelia. Arcos forma parte de los engañados y así puede reunirse con Raúl y ambos compartirán unidos, durante más de un año, las vicisitudes y los vejámenes concentracionarios consiguiendo Raúl, a pesar del ambiente de desesperanza imperante, programizar de nuevo su existencia y volcarse decididamente al estudio de nuevo como en los buenos tiempos argelinos de 1939. Han conseguido agruparse una

serie de buenos y excelentes compañeros y todos llevan a cabo una tarea de ocupación que les hace más llevadera la existencia al tiempo que van ampliando el acervo intelectual. Miguel Giménez Igualada había ya empezado el pergeño de las cuartillas que más tarde reuniría en un libro (15). Muchas de estas cuartillas las leía y se comentaban en el grupo que Raúl y Arcos integraban. En la tertulia acudían también Bobini, el mayor de los Villacampa, Liberto Cuadrado y algún otro: «Al terminar estas reuniones — escribe Giménez Igualada — nos separábamos sin hacer comentarios, llevándose cada uno su cosecha de pensamientos y sentimientos para rumiarlos, despacio, en la soledad de la noche» (16). El viejo Miguel se desdobló como un delta paternal ante los compañeros que la adversidad reunió en Argelés de nuevo. Llegó a organizar cursos de enseñanza y Raúl participó en el de ortografía, que llegó a completar airoosamente (17).

Los propios elementos quisieron poner a prueba nuestra gente y el temporal que con más horror recuerdan los anales de la región, fué con los infortunados del campo con los que más se ensañó. «El 14 de octubre fué día de recordar — me escribe Arcos —. La lluvia y el viento trajeron consigo las inundaciones de las que fué víctima la comarca. Los ríos salieron de cauce, los puentes y las casas fueron arrasados. El campo de concentración sufrió una inundación total y nuestra barraca,

(15). — Miguel Giménez Igualada: «Más allá del dolor». «Tierra y Libertad», México 1946.

(16). — Op. cit.

(17). — Miguel Giménez Igualada, que se halla actualmente en México, aún conserva el libro que le dedicó Raúl, «El Unico y su Propiedad», de Max Stirner.

un poco más elevada que las demás, se vió invadida de refugiados. Un camión que trató de evacuar unas mujeres y unos niños fué arrastrado por la corriente y dos mujeres y tres niños perecieron ahogados». Era el segundo invierno inclemente que se ensañaba con los refugiados. Pero la voluntad de vivir era tan grande que el refugiado estaba dispuesto a «resistir», y esta vez muy de veras, donde los pobres rusos blancos, durante la primera post-guerra habían ido consumiéndose poco a poco. Los habitantes de la región se hacían cruces. Los ancianos recordaban la lenta agonía de aquellos esclavos, muy pobres para compartir con la nobleza zarista la hospitalidad de París y suficientemente burgueses para temer el regreso a la Rusia leninista. No tenían ánimos para despiojarse, decían. Se pasaban el día sentados, esperando, con paciencia oriental, que la Parca se los llevara. Los refugiados españoles tenían la piel de Barrabás. Hasta ánimos para cantar y bailar les quedaban.

Una de las injusticias que más sublevaron a Raúl en aquella segunda fase concentracionaria fué la que llevaron a cabo una mañana, en conjunto, la guardia móvil, los gendarmes y los soldados. Rodearon todo el campo de ametralladoras y tanques que apuntaban con sus cañones al interior del recinto. Había autoridades alemanas presenciando la operación, inclusive. El motivo del atropello era llevarse a la fuerza a todos los «internacionales» aún radicados en el campo para el de Vernet de Ariège, al que repetidas veces se habían negado a ir los interesados. Había soldadesca suficiente para que cuatro militares se hicieran cargo de un refugiado, al que cogían separadamente por cada una de sus cuatro extremidades. Pocos fueron los refugiados

españoles que se atrevieron a protestar ante semejante atropello, el que mayor indignación exteriorizó y el que más en peligro se puso fué Raúl.

La primera vez que abandonamos Argelés para ir a parar a Bram, a fines de 1939, fué con el firme propósito de escapar al enrolamiento de las tristemente célebres compañías de trabajo en las que se percibía un salario de cincuenta céntimos de franco. Roa nos había advertido que todo el campo iba a ser subdividido en Compañías de Trabajo y el porvenir de vernos militarizados, más que la misérrima paga en perspectiva, nos llevó a solicitar el cambio hacia Bram alegando una condición de agricultores que ninguno de nosotros poseíamos.

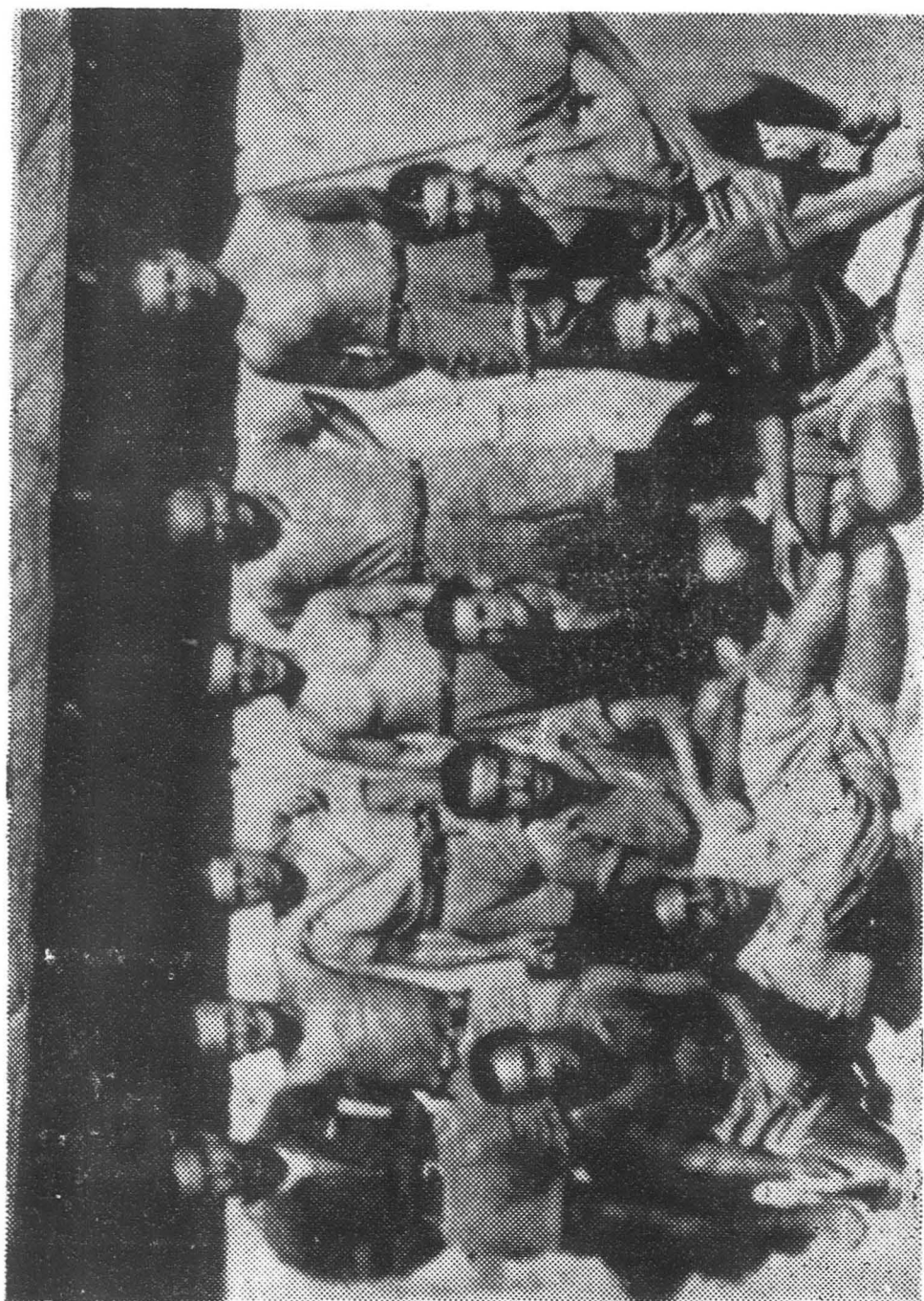
La amenaza se repitió nuevamente esta vez, con Arcos y con Raúl y por tres veces pudieron eludir el enrolamiento simulando epilepsia el primero y asma el segundo.

Lo que no pudo eludir Raúl fué una semana de campo de castigo.

Corriendo el año 1941 Arcos fué transferido a Barcarés y Raúl repitió nuevamente la hazaña que, junto con Diego, llevó a cabo en 1939. La distancia a recorrer era mayor y el agravante estaba en la soledad de la aventura. A pesar de ello Raúl salió airoso una vez más y los dos amigos se vieron reunidos nuevamente, pero por poco tiempo.

En diferentes ocasiones se habían presentado los gendarmes y la soldadesca alemana para llevarse a los refugiados a Alemania a fin de completar el cupo de 700.000 trabajadores que Laval había prometido a Hitler, pero siempre había corrido la alarma primero que permitía a muchos darse a la desbandada hasta terminada la «razzia».

EN EL CAMPO DE BARCARES



Tendidos: P. Torralba, Víctor García.

Sentados: P. Casajuana, A. Roa, Liberto, Raúl.

De pie: Camacho, Alfonso, Arcos, S. Sarrau, Rafles, Agusti.

Sin embargo la situación se perfilaba cada vez más insegura hasta que, tanto Raúl como Arcos, a pesar de hallarse sin dinero, sin documentación, sin trabajo y sin direcciones que pudieran garantizar una relativa seguridad, decidieron abandonar el campo y afrontar la vorágine de una población que, acosada por la restricción, el desempleo, la avalancha de los refugiados franceses del Norte y el miedo de hacerse significar frente a los alemanes, la convertía en elemento hostil para el español refugiado.

Raúl llega a ponerse de acuerdo, por correspondencia, con Liberto, al que ví por última vez en la Caserna de Arras en Marsella en 1940 cuando lo llevaban para Agde justo en el mismo día en que yo hacía el ingreso en aquella cárcel oficiosa.

También había llegado a un acuerdo con Diego, que decide abandonar el Isère para ir al encuentro de Raúl. El acuerdo al cual habían llegado era el de ir a España para reanudar la lucha antifascista en tierra familiar, donde podrían desarrollar al máximo su ímpetu y conocimientos.

Esta pasión por España no le abandona jamás. En 1942, cuando aún fluyen grandes cantidades de refugiados españoles a Vichy y Marsella para llamar a las puertas de la embajada del generoso México, soñando en ser los favorecidos del compromiso que Petain firmó con México para permitir la evacuación de los españoles, haciendo colas y peregrinajes hasta ganarse la gloria de América, Raúl, el americano, vive obsesionado en la idea de un regreso a España que le permita ser consecuente con su interpretación de la lucha antifascista.

Por muy pocas horas no pudieron partir juntos los tres hermanos en ideales que de-

bían encontrarse en Toulouse para llevar a cabo la empresa. Diego y Liberto habrían podido esperar, pero el guía que los tenía que llevar no pudo, o no quiso, posponer la marcha.

Debemos imaginarnos en qué estado de ánimo regresó Raúl a Marsella, de donde había venido y el derecho de cariño y consolación que tuvo que desarrollar la buena Teresa para animar aquella hiper sensibilidad decaída.

El puñado de buenos amigos que Raúl se había ganado en Marsella proporcionaron el ambiente necesario a nuestro linyera para que su entusiasmo y normalidad anímica se rehiciese lo suficientemente pronto. El ambiente no podía ser mejor para ello y es el que hemos conocido todos los amigos de la trilogía Teresa, Juan y Abelina. Describirlo no es cosa fácil porque es una heterogeneidad de ingredientes entre los que van revueltos la bohemia de un Murger con un andamiaje social sólido y sentido de los participantes; una limpieza de recinto impecable junto con un simpático desorden de los objetos; la seriedad y la risa, cada una en su preciso momento; el reparto de todo para todos y hospitalidad y techo independiente de la cantidad de caminantes que llaman a la puerta y del limitado espacio a que una humilde familia refugiada puede aspirar.

El sueño de siempre de Teresa ha sido el de poder tener una gran casa. Es un deseo que embarga a muchas mujeres, pero en Teresa este deseo es para colmar el más filantrópico de los objetivos: poder dar albergue a más compañeros aún.

En espera de que este sueño se realizara, la vivienda de Teresa y Juan en La Penne de Marsella, se burlaba de la ley física de la impenetrabilidad al extremo de que uno se pre-

guntaba, durante el día, cómo podrían ubicarse todos los huéspedes durante la noche : Daniel, Mimi, Colette (18), su abuela, Raúl, Arcos — llegado a última hora —, Abelina, Juan, Teresa... Aquello tenía pretensiones de villorrio, pero de villorrio afín, fraterno, thelemense que era lo necesario para reanimar a Raúl, siempre sediento de cariño ajeno y siempre saturado de cariño propio.

Fracasado el intento de ir a España, Raúl pensó seriamente en la posibilidad de la lucha antifascista desde Francia secundando a la Resistencia francesa, que ya se había manifestado en diferentes ocasiones, como fuerza digna de ser tenida en cuenta, muy especialmente en la zona meridional francesa. Las finalidades lejanas de las F. F. I. no tenían nada de anarquistas, pero Raúl, como muchos compañeros confederales, pensó que había un buen trecho de camino que podía recorrerse juntos. Para todo el mundo era incontestable que la derrota del Eje Roma-Ber-

(18). — Raúl había sentido siempre un gran cariño hacia la hija de Durruti. En cierta ocasión le dedicó inclusive un hermoso soneto:

TUS OJOS

«Destella tu pupila
cuando mira, fulgores celestiales.
¡Si pudiera mi lira
traducirlos en versos inmortales...!
Al contemplar, los míos,
tus ojos transparentes y sublimes
inefable rocío
riega mis más recónditos confines.
¡Oh, fuentes cristalinas
en las cuales se baña
mi alma peregrina!
Esos bellos luceros
¿Alumbrarán mañana
ácratas derroteros?»

(Hálito, «Libertad» de Rennes, 15 febrero 1946)

lín-Tokío implicaba el fin del franquismo en España y consecuencia lógica de esta deducción tenía que ser el volcamiento a la resistencia de tanto refugiado español que, la más modesta de las estadísticas estima en 50.000 hombres.

Raúl pudo aplicar en Francia su experiencia de linyera pampero subiendo y bajando de trenes en marcha, deslizándose por los pasillos y las plataformas para tener siempre a distancia prudencial a los revisores y a la fuerza armada, ello gracias al radar instintivo del que se sirve todo polizón de mar y tierra. Después de haber pasado, en dos distintas ocasiones, un par de años en la estática concentracionaria, a Raúl se le despertó aquel anhelo de infinitos que lo embargó en Argentina y repentinamente pasaba de Burdeos a Marsella, de Toulouse a Lyon, de Perpignan a Limoges, en misión de resistente en lo que peligro e instinto de nómada realizaban el más perfecto de los binomios.

Tanto viajar aportó nuevas amistades a nuestro hombre y es en este período que conoce en Bruniquel (Tarn) a Araceli, con la que se unirá más tarde y pasará a ser la figura femenina más descollante de su vida.

De este momento de lucha antifascista dice Felipe Alaiz: «Dando la vida o la libertad o sosteniéndose en vilo, iban los resistentes superando el dramatismo de aquel tiempo. Raúl andaba a salto de mata. No había enlace ni mensajero más seguro que él. ¿Era preciso que una determinada documentación se trasladara de un extremo a otro de Francia? Allí estaba Raúl con su voracidad de kilómetros dispuesto a todo y ligero de equipaje. Era el desplazado permanente.»

«Los españoles de avanzada social iban poniéndose en contacto, confrontándose, ani-

mándose. Los jóvenes parecían vivir un período de continuidad respecto a la guerra de España contra el mismo enemigo. Sin desdoro para nadie, podemos decir que Raúl fué tal vez primer artífice de la fraternal compenetración española de los integralistas desde que atravesamos la frontera (19).

Alaiz dice que conoció a Raúl en el Mediodía francés. Exactamente lo conoció en Montpellier, donde Alaiz estaba radicado y donde se formó el primer organismo de tipo nacional de la C.N.T. en Francia durante la ocupación alemana (20). Allí acudíamos, como delegados de los diferentes departamentos, algunos compañeros para cambiar impresiones con el primer Comité Nacional de la C.N.T. en Francia. El viejo Buenacasa acudía a las entrevistas y, terminadas éstas, íbamos Raúl y yo, a escuchar el gracejo y la dicharachería del buen Felipe.

Yo creo, muy sinceramente, que en estos días de 1943-1944 que precedieron a la liberación de Francia, es donde se inicia el despunte que Raúl hace, en el campo de las ideas y de la lucha social, hasta colocarlo, al final de su breve vida, en un lugar cimero entre los compañeros del Movimiento Libertario Español.

Es verdad lo que dice Alaiz: «El carácter de Raúl no estaba todavía del todo formado, pero como diría un clásico **acertaba en lo principal**» (21). Raúl estaba recogiendo los frutos de aquella siembra de libertad nómada del

(19). — Felipe Alaiz: «La F.I.J.L. en la lucha por la libertad». (Ediciones Juveniles).

(20). — Existió, previamente, un organismo embrionario en el Cantal, pero sin controlar toda la «Zona Libre» francesa, como ocurría con el de Montpellier.

(21). — Op. Cit.

linyera y aquellos estudios realizados en la universidad en que convirtiera él los campos de concentración. Sin estar formado Raúl llegaba siempre a orientarse anárquicamente por muy escabroso que fuera el camino y por muchos cantos de sirena que regalaran sus tímpanos. Las palabras de Emerson hacen su retrato: «Te admiro porque siempre vas seguro de tí; a veces me pareces loco en tu corteza, porque te sabes seguro hasta los imposibles», porque Raúl era de estos temperamentos empecinados que difícilmente se desviaban de un derrotero trazado, una vez llegado a la conclusión de que el terreno que pisaba era terreno firme.

«Acertaba en lo principal» y su acierto en el proceso que incluye este primer período confederal es su oposición abiertamente opositorista al Comité Nacional actuante y al Pleno Nacional de Regionales que se celebró en Muret el 9 de octubre y siguientes de 1944. Oposición que comparten la mayoría de los jóvenes libertarios y que se defienden enérgicamente en las columnas de «Ruta» de Marseilla, «Impulso» de Toulouse y «El Rebelde» de París, publicaciones en las que Raúl colabora asiduamente y en las que, con anterioridad al Congreso de Locales celebrado en París el 1º de mayo y siguientes, de 1945, se hace una excelente labor depuradora de todos los residuos politicófilos que el período colaboracionista había formado en la mente de muchos militantes.

Cuando el Grupo Cultural «Reclus» lo nombra, junto con Alaiz, para la redacción de «Impulso», Raúl ya arremete desde el primer número contra la posición colaboracionista: «¿Ha fracasado el método revolucionario o, si gustáis, subversivo preconizado y practicado por el movimiento anarquista internacional durante tres cuartos de siglo? No-

sotros estamos convencidos de que no. Si hubo errores ellos no estriban en las tácticas libertarias en sí, como pretenden, sin poderlo probar, los partidarios del « revisionismo » sino en la mala aplicación de las mismas. ¿Qué culpa tiene un sabio inventor si los hombres aplican torcidamente su descubrimiento? ¿Deja por eso de tener su mérito y eficacia el mismo? Claro que no. Lo mismo puede decirse de las concepciones anarquistas. Si hasta la fecha no han madurado suficientemente en la conciencia popular para su implantación, la culpa no reside en **nuestros métodos**, y sí en la insuficiente enseñanza libertaria existente en el pueblo. Y si un militante se siente amargado, no por eso debe hacer responsable de su enfermedad moral a Ricardo Mella o a Elíseo Reclus. Que imite el digno ejemplo de Saverio Merlino y todos lo respetaremos y apreciaremos» (22).

El clavo lo machaca nuevamente un mes más tarde: «Ultimamente han surgido de los medios libertarios infinidad de Lamartines que sólo se diferencian del poeta en su autosuficiencia y falta de talento. Creen haber descubierto el sexto continente y ni siquiera tienen alma de argonautas. Niegan todo concepto libertario, porque es demasiado grande el ideal anarquista para su pequeño espíritu, encuadrado en el estrecho marco de un practicismo antirrevolucionario y antivital. Ayer confundieron el anarquismo con una concepción unilateral y dogmática, a la que dieron en llamar, no se sabe por qué, «comunismo libertario». Hoy, desengañados de la realización a «plazo fijo» de su sueño paradisíaco, quieren evitar al pueblo el **quebradero de cabeza del —de su— paraíso terrenal**. Y para ello

(22). — «Breve teoría del renunciamento»: «Impulso», Toulouse, 24 enero 1945.

se proponen **moralizar el Estado**. ¡Oh, estos malos discípulos de Solón!» (23).

« Impulso » era la obra casi individual de Felipe Alaiz. Para nuestro Goliath de la pluma llenar las cuatro páginas semanales de « Impulso » era un paseo mañanero por las « allées Jean Jaurès ». Coser y cantar. Para Raúl, en cambio, las dos cuartillas que dedicaba al semanario significaban un alumbramiento con dolor y estrujamiento de la masa encefálica. Escribir en la prensa era tarea nueva para él y su mano se volvía lenta e indecisa, al revés de cuando escribía al amigo y al ser querido; entonces nuestro medio de expresión gráfico resultaba lento para seguir su cerebro en efervescencia y sus rasgos aparecen en las cuartillas proyectándose como saetas hacia el límite del papel persiguiendo, en el subconsciente, las huidizas ideas que quisiera retener.

Escribir para la prensa en forma seguida, como tarea de rigor a realizar periódicamente, era una sensación nueva para Raúl que ya no abandonó jamás. Sus artículos eran producto de una operosa tarea, repito, que hacía más operosa aún, su meticulosidad y su empeño en pulir al máximo su pensamiento (24). Sus originales aparecen abarrotados

(23). — Raúl: « Los que se refugian en el Leviatán »: « Impulso », Toulouse 28 febrero 1945.

(24). — Lo que más le dolía a Raúl era la amputación o la « pulitura » de sus trabajos literarios que, sin consultarle, hacían los directores de nuestra prensa. En carta fechada el 5 de diciembre de 1944 se lamenta diciendo:

« En mis trabajos tengo poca suerte: Alaiz me suprimió algunas líneas de « Kropotkin y la lucha por la existencia » y alteró el título. Además, en la imprenta desnaturalizaron un concepto esencial. Casanova también quitó algo en « El Parlamento Obrero », pasando por alto la corrección. Tú sacas la carta de Berneri a sus hijas, en la que pone de relieve la en-

de enmiendas y llamadas que volvían loco a quien los pasaba en limpio o al linotipista. Afortunadamente Raúl guardaba parte de su bagaje americano aún y el tiempo no tenía para él estricto y riguroso significado europeo. En Indoamérica el reloj y el calendario no han llegado a asumir aún las funciones tiránicas que ejercen en Europa y esto permitía que nuestro amigo pudiera volcarse enteramente a sus propósitos, independientemente de la marcha del viejo Cronos.

Fué un período aquél de gran actividad plumífera para Raúl (25). Cumplíase el aforismo de Pío Baroja: donde había un grupo anarquista allí aparecía un periódico. Entre los primeros aparece « Solidaridad Obrera » de París. Sigue de muy cerca « Ruta », que se imprime en Marsella, « El Rebelde », que también aparece en París y el ya mencionado « Impulso » de Toulouse. Raúl dedica cuartillas a todos ellos aportando su valioso grano de arena en el movimiento de sanidad de orígenes y finalidades del Movimiento Libertario Español (26).

tereza de su carácter y la delicadeza de su sensibilidad. Prefiero que antes que truncar mis escritos se tiren al cesto de los papeles. Tengo amor propio en esto, porque en lo que hago voluntariamente pongo emoción y cariño.»

(25). — Si algún día hay interés en recopilar todos sus trabajos literarios, la tarea que nos espera será operosa porque Raúl usó un sinfín de seudónimos que dudo haya alguien que haya podido retenerlos. Además de Raúl, eran también suyas las firmas de «Héctor», «Armando Lacunza», «Hálito», «Luzófilo» y alguna más que no he logrado recordar.

(26). — En Burdeos, Ildefonso empieza a sacar sus ediciones de «Tierra y Libertad» sin más medios que su empeño, al extremo que muchas de las galeras de la obra de Alaiz «Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas» las tenía que corregir apoyado del mango de su pala de «terrassier». En uno de los pri-

Las Juventudes Libertarias son los batallones de choque contra los acuerdos de Muret y pronto toda la militancia confederal toma posición consecuente que se manifiesta mayoritaria en el Congreso de Federaciones Locales celebrado en París el 1 de mayo y siguientes de 1945.

Con anterioridad las J.J. LL. habían celebrado su primer congreso nacional en Francia a mediados de abril y Raúl había pasado a integrar el primer comité de la F.I.J.L. en Francia, que substituía el efímero organismo llamado «Comité Nacional de Reorganización de las J.J. LL.» en el cual, si bien Raúl no participaba nominalmente, había intervenido para la redacción de su boletín «Reafirmación Acrata».

Este militar intenso de Raúl en las filas juveniles podría interpretarse como una posición suya discriminatoria frente a la rama confederal, pero se trataba más bien de una estrategia que el mismo Raúl nos explica en la carta que con fecha 30 de octubre de 1944 me manda a París: «~~Tampoco~~ compartía el criterio del resurgir juvenil, pero coincidía con los iniciadores en la necesidad de reaccionar contra el Estado Mayor de Montpellier y contra las logias masónicas. Tengo la firme convicción de que nuestro trabajo no fué estéril...»

La carta, escrita a escasos días del pleno de Muret, refleja el temor de que la C.N.T. se enlode en la política y deje su trayectoria revolucionaria. Raúl pensó de inmediato en el fortín juvenil como pensó en organizar inclusive sociedades secretas a imagen y semejan-

meros folletos, si no el primero, Raúl tiene una poesía: «Libertad» y varios trabajos, entre ellos «Alfa» y «Viroga». Su nombre tampoco figura en ellos.

za de las bakunianas. En la misma misiva ya mencionada añade: «Hoy, frente a la actitud claudicante de un número considerable de nuestros hombres, se impone la creación de una sociedad secreta anarquista que traspase el marco nacional. I., que está en Burdeos, otros compañeros de Marsella y otros lugares coincidimos en la necesidad de coordinar todos nuestros esfuerzos con vistas a valorizar el anarquismo en el seno de la C.N.T. y, al mismo tiempo, en vitalizarlo internacionalmente» (27).

El dictamen sobre el Noveno Punto aprobado en París en mayo del 45 hizo renacer la confianza de Raúl en la militancia confederal sin dejar, empero, de permanecer vigilante y de ser el tábano que el propio Raúl agradaba mencionar muy a menudo, de su admirado Sócrates: «Dios me puso sobre esta ciudad como a un tábano sobre un noble caballo, para picarlo y tenerlo despierto». «En este caso — continúa Raúl — el noble caballo es el movimiento obrero y el tábano el anarquismo que hiende en sus entrañas el aguijón de la rebeldía» (28).

(27). — Es curioso observar la febrilidad que existía en los días que precedieron al Congreso de Federaciones Locales que debía celebrarse en París en mayo de 1945. En carta del 27 de abril de 1945 me escribe a París narrándome las incidencias de las reuniones de la Federación Local de Toulouse y en ella me narra las intenciones de un compañero cuyo nombre no hace al caso: «Este tenía la absurda pretensión de convertir a las Juventudes en un instrumento ciego de una entelequia llamada «específica». La nociva mentalidad kukluxklanera tendente a introducir un organismo dentro de otro organismo y un tercero dentro de éstos, hasta lo infinito, alcanzaba en aquellos momentos las cimas del paroxismo.

(28). — Carta de fecha 22 denoviembre de 1944, en Toulouse.

Se ve claro que las torres de marfil no se hicieron para Raúl. Su vida está en la lucha cotidiana que se lleva en el seno de la C.N.T. y del Movimiento Libertario para que se mantenga dentro de su clásica trayectoria o, de hacer caso a los revisionistas, para que abraza derroteros nuevos. Los que se mantienen al margen de esta pugna no se merecen la estima de nuestro amigo, quien los lapida en este párrafo: «Los compañeros inhibicionistas tienen buena parte de responsabilidad en la actual desviación orgánica. Si en vez de permanecer al margen de todo nos hubieran ayudado a los que hicimos lo imposible por evitar el mal, otra cosa sería. Hay que combatir el mal desde dentro; hay que revivir el espíritu libertario en la C.N.T.; hay que reaccionar contra su total aniquilamiento ideológico; hay que reivindicar los postulados antiestatales de la Primera Internacional que la informan y que constituyen su **única** vitalidad. Pero no abandonemos a los trabajadores confederales a merced del reformismo político y la masonería internacional porque si así obramos dejaremos de ser factor determinante en la lucha social y nos convertiremos en cuatro grupitos de soñadores de Arcadias» (29).

Esta es la causa, según Raúl, de que la C.G.T. francesa haya dejado de ser la organización revolucionaria de antaño. Si los compañeros anarquistas no se hubieran separado de ella hubiera sido posible influenciar a los trabajadores franceses mucho más abiertamente y directamente que desde fuera como se ha pretendido hacer. «Nosotros — añade — podemos tener nuestros grupos afines pero sin perder contacto con los trabajadores y el pueblo en general. El anarquismo es como Anteo, con la sola diferencia que mientras al úl-

timo le daba la fuerza la madre Tierra, al primero se la ha dado el pueblo» (30).

A medida que vamos conociendo el pensamiento de Raúl tal cual lo expresaba él mismo, nos vamos dando cuenta de las marchas forzadas que nuestro hombre ha realizado para formarse una cultura de valía. Su autodidactismo lo ha llevado a todos los campos y a todas las fuentes. Sin el guión ni el programa de la facultad universitaria, como todos los autodidactas, Raúl se lanzó a la toma de todas las fortalezas didácticas sin discriminación ni selección, en tal o cual materia y en tal o cual autor sino que, como los grandes navegantes polinésicos, encaró el objetivo con todos sus instintos bien desparrramados de manera a no dejar nada de cuanto se cruzara en su camino.

Por esto, quizás con atisbos de empacho algunas veces, Raúl jalona sus misivas y sus artículos literarios con citas clásicas en las que van revueltos Hobbes, Malatesta, Sócrates, la mitología helénica, Bakunin, Barrett, Nietzsche, Tucker, Kropotkin, Tolstoi, Lao Tsé.

Empero, donde ya se perfila una posición firme es en la trayectoria ideológica. Ya había rebasado, sobradamente, «el acertar en lo principal» que señala Alaiz. Cuando se trataba de anarquismo, Raúl acertaba en lo principal y en lo secundario. Ya no se trataba de acierto y si más bien de convicción rayando con la infalibilidad casi.

La posición de Raúl es la del anarquista que no teme el contacto de otras corrientes sociales. La fuerza del anarquismo, lo ha dicho bien claro, la da el propio pueblo. Retirarse a la torre de marfil es renunciar a esta fuerza. Basta tener convicciones firmes so-

(30). — Idem, idem.

bre los ideales ácratas para que el anarquista se sienta inmunizado de las corrientes arquis-tas que tratan de socavarnos el terreno. Que nadie se llame a engaño y que ninguno vaya a pensar que la presencia del anarquista en las luchas sindicales y obreras pueda implicar una transigencia y un empañamiento de las purezas idealistas. El sindicalismo no es más que un medio: «Frente a todos los confusio-nismos hay que afirmar, no un sindicalismo más o menos revolucionario o libertario, sino el anarquismo activo. Hemos de predisponer las conciencias a la aceptación de nuestro ideal integral, de lo contrario el Movimiento Libertario siempre irá de tumbo en tumbo perdido en el dédalo del rutinarismo sindical y del burocratismo enervante, esterilizador y contrarrevolucionario...» (31). Raúl clama por los buenos tiempos del anarquismo a pecho abierto y está esperanzado en que «aún quedan muchos espíritus que están por los vientos locos de lo inaccesible, como escribía Tagore, y esta certidumbre interior me consuela y me estimula» (32).

El hermetismo en que se encerraba frente al recién llegado hizo que muchas veces se le considerara orgulloso, individualista. Gran número de excelentes compañeros que no lograron tratarle a fondo se llevaban esta impresión de Raúl: es un individualista, decían. Como dice Alaiz, «El auténtico Raúl aparecía cuando por las buenas el interlocutor sabía sugestionarle. Un amigo suyo quiso hacerse por las malas con él, como un diablo, y nada consiguió. Creía que Raúl era puritano, cuando era fundamentalmente puro» (33).

(31). — Carta del 7 de mayo de 1945, Toulouse.

(32). — Carta citada del 7-5-1945.

(33). — Felipe Alaiz: «La F.I.J.L. en la lucha por la libertad. (Ed. Juveniles).

Este malentendido que muy a menudo circundaba a Raúl tienta a transcribir algo que sobre el individualismo me decía en otra misiva suya del 9 de noviembre de 1944: «Hubo un tiempo en que Stirner, Nietzsche y otros grandes iconoclastas llegaron a impresionarme en demasía. Desilusionado previo cotejo entre el ideal y los hombres, me despedí de la sociedad y fui a llamar a las puertas del anacoreta Ego. Este me las abrió de par en par y penetré en su morada, excelente como lugar de retiro transitorio, pero demasiado estrecha para vivir siempre en ella. El hombre es un animal sociable — enseñaba Aristóteles —, aislado no puede conquistar la felicidad.»

«Hoy tomo del individualismo sólo lo que ennoblece al hombre y rechazo lo que lo bestializa».

«Lo ennoblece la afirmación de su personalidad, lo bestializa el avasallamiento de la del prójimo. El hombre que tenga sentimientos altruistas no puede ser amoral. Cuando consideramos que tal o cual acción es buena o mala en relación al bien o mal que ocasionamos a nuestros semejantes, ese juicio introspectivo está inspirado en un sentimiento altamente moral. Y ésta es una prueba irrefutable de que, a pesar de que el principio de Hobbes: «La guerra de todos contra todos», impera hoy en la humanidad — resultante de un estado cosas absolutamente anormal — profundas raíces afectivas vinculan a los seres humanos entre sí y en contra de todo preconcepto vemos que de punta a punta de la historia humana el sentimiento de comunidad ha prevalecido en la especie, legado según hombres de competencia universalmente reconocida, por especies inferiores y no obstante la ambición, y la rapiña de las mino-

rías más astutas y guerreras, ese sentimiento se amplifica cada vez más.»

«Merced al sentimiento gregario — en su acepción intersolidaria — existe todo lo bueno de la civilización: Arte, Ciencia, Filosofía, Industria, etc. En cuanto a lo malo, otros factores lo han determinado. Sin organización social — justa o injusta — ¿habría sido posible ese inmenso desarrollo del progreso de los pueblos? Lo dudo. Y porque no lo creo, tampoco creo en el individualismo stirneriano, nietzscheano, hanryneriano ni armandista, aplicados a la sociedad» (34).

A pesar de ser una misiva dirigida a un solo lector, el esmero que Raúl pone en la construcción de las frases y en la hilvanación del pensamiento, hace que lo citado, copia textual de una modesta carta, pueda insertarse sin mayores correcciones en las columnas de nuestra prensa. Bastaría precederlo de un título que muy bien podría ser «Individualismo y Socialismo».

En lo manifestado por Raúl rezuma la gran influencia que sobre nuestro amigo ejerció la lectura de Kropotkin. Se refiere a Kropotkin cuando alude a «hombres de competencia universalmente reconocida» y es Kropotkin quien le ha ayudado en la afirmación de que «el sentimiento de comunidad ha prevalecido en la especie» y que sin organización social

(34). — Por haberle manifestado mi asombro ante una loa tan abierta al *gregarismo* me replicaba unos pocos días después: «Yo soy tan antigregarista como tú, tomado el gregarismo en el sentido rebañiego. Sólo que yo empleo el término en su otra acepción: la de intersolidaridad social. Es el instinto primario de sociabilidad entre las especies precedentes al hombre, heredado y perfeccionado por él, el factor primordial de toda evolución moral, artística, científica y social.»

(Carta del 22 de noviembre de 1944, Toulouse)

«no habría sido posible ese inmenso desarrollo del progreso de los pueblos.»

«Cada hectárea de tierra — dice Kropotkin — que labramos en Europa ha sido regada por el sudor de muchas razas; cada camino tiene una historia de servidumbre personal, de trabajo sobrehumano, de sufrimientos del pueblo...» (35).

Su incomparable « La conquista del pan » la empieza nuestro sabio anarquista así : «La humanidad ha cambiado gran trecho desde aquellas remotas edades durante las cuales el hombre vivía de los azares de la caza y no dejaba a sus hijos más herencia que un refugio bajo las peñas, pobres instrumentos de pedernal, y la Naturaleza, contra la cual tenía que luchar para seguir su mezquina existencia.»

»Sin embargo, en este confuso período de miles y miles de años, el género humano acumuló inauditos tesoros. Roturo el suelo, desecó los pantanos, hizo trochas en los bosques, abrió caminos, inventó, observó, ratiocinó; creó instrumentos complicados, arrancó sus secretos a la Naturaleza, domó el vapor, tanto que, al nacer el hijo del hombre civilizado, encuentra hoy a su servicio un capital inmenso, acumulado por sus predecesores.»

Kropotkin fué, posiblemente, el escritor que más llegara a conmoverlo y en dos ocasiones le dedicó sendos trabajos (36) que son el homenaje ferviente de un joven libertario frente al teórico que tan hondamente supo alcanzar sus fibras.

(35). — Pedro Kropotkin: «La conquista del pan». (Ed. Americalee, 1953, Buenos Aires).

(36). — «XXIV aniversario de la muerte de Kropotkin». («Impulso», 15 febrero 1945, Toulouse), y «Kropotkin y la lucha por la existencia». («Ruta», 21 enero 1946, Toulouse).

Temperamentalmente, sin embargo, yo veo en Raúl a un malatestiano en la fase, principalmente, que pone de relieve el voluntarismo. El optimismo de Kropotkin, que bien lo podríamos poner parejo al fatalismo de Bovio: «Anarquista es el pensamiento y hacia la Anarquía va la Historia», es propio de un sabio bueno, generoso y que por conocer el inmenso potencial de la ciencia, que ya se perfilaba cuando el redactor científico de la «Nineteenth Century» de Londres, estima que la ciencia será un trampolín que permitirá al anarquismo acelerar su marcha. Malatesta daba la bienvenida a la ciencia si es que era revolucionaria pero su máxima confianza la depositaba en la voluntad del revolucionario empeñado en llevar a la Humanidad hacia los ideales anarquistas, llegando a afirmar, inclusive, que, caso de que la ciencia — haciendo frente a las especulaciones filosóficas y absurdas en que chocan los contrincantes de la palestra social — pudiera llegar a negar el anarquismo como régimen social, él, Malatesta, continuaría luchando por el ideal anarquista.

Por haberse truncado su vida tan pronto, Raúl no alcanzó a hacerse su autorretrato de acuerdo con su temperamento, sus gustos y su vocación: Cuando le endoso mayor afinidad con Malatesta que con Kropotkin veo que no tengo pruebas, entre sus artículos y la correspondencia que guardo, que den autoridad a mi afirmación. Me baso en el estudio que todo amigo hace del ser querido y de las deducciones que, al estudiar sus actos y sus reacciones, ha ido entresacando.

Una humilde prueba, quizás, podría ser el trabajo que sobre Camilo Berneri publicó en «El Rebelde» de París (37), siempre que el

(37). — Raúl: «Camilo Berneri, apóstol de una idea». («El Rebelde», diciembre 1944, París).

lector convenga conmigo que Berneri estaba más identificado con la corriente malatestiana que con la galleanista, dentro del movimiento anarquista italiano.

El homenaje que le rinde a Berneri en las páginas de nuestro portavoz parisino y las cualidades que pone de realce son precisamente distintivos malatestianos y por miedo a pecar de exagerado, el broche de oro en que columbra su admiración por Berneri no está en el trabajo literario propiamente sino en la carta que me mandó, junto al artículo, el 31 de octubre de 1944, donde afirma textualmente: «Considero de suma actualidad hablar de Camilo Berneri, ese hombre entre los hombres.»

Cuando Raúl aceptó el cargo de secretario de Relaciones en el flamante primer Comité Nacional de la F.I.J.L. (38) fué a base de haber, previamente, machacado ante él, la ineludible necesidad de su presencia en el organismo representativo de las Juventudes Libertarias. Será una de las pocas veces que lo veremos integrando un organismo representativo. Había alergia — pese a que el vocablo aún no estaba de moda — en Raúl en todo cuanto significara comité. La propia Toulouse, por el empacho de comités locales, regionales y nacionales, lo tenían exasperado. Su deseo habría sido ir a Burdeos o a París y ya le había rogado a Casanova para que le tramitara alguna cosa: «También le encargué (a Casanova) me comunicase qué posibilidades de vida hay por ahí (en París) — me escribe a últimos de 1944 —. Si fueran favorables me gustaría ir a colaborar con vosotros más de

(38. — Otros miembros de este primer comité lo fuimos también Benito Milla, José Galdós, el que suscribe y Lucio Gómez, quien, éste último, jamás se incorporó al secretariado.

cerca. Aquí es un receptáculo de comités y este ambiente me asfixia. Quisiera ir a ésa, o a Burdeos...»

Esta predisposición demuestra lo violento que fué para Raúl aceptar el cargo en el primer Comité Nacional de la F.I.J.L. Ello implicaba prolongar su permanencia en Toulouse — « receptáculo de comités » — y, sarcasmo de las circunstancias, pasar a formar parte de la burocracia comiteril.

Creo que si se decidió fué debido a que el resto de los que integrábamos el comité juvenil éramos íntimos suyos y aquella fué una de las pocas veces en que se planteó el sistema de las tres preguntas que Alaiz (Rodela) reclamaba:

«Cuando se vota al compañero X para un cargo, pregunta el presidente: — ¿Acepta?»

Raúl contesta y algún otro: — No.

— ¿Por qué?

— No puedo — dice Raúl.

Se vota a otro. — ¿Acepta?

— Sí.

¿Acepta el Congreso?

— Sí.

Pero una vez nombrados, habría que preguntar:

— ¿Se aceptan unos a otros los elegidos?

Esta costumbre habría que implantarla en todos los Congresos» (39).

Y así, en lugar de dejar deshabitada la casita de la calle 14 Juillet lo que pasó fué todo lo contrario ya que allí fui a parar yo, desde París, y allí íbamos a parar todos los que aterrizábamos en Toulouse, abusando de la bohemia raulina y la hospitalidad de Araceli. El viejo Mari salía beneficiado porque ampliaba su grupo de hijos espirituales quienes gus-

(39). — Rodela: «Apostillas al II Congreso de la F.I.J.L. («Ruta», 30 marzo 1946, Toulouse).

tosamente platicábamos con él. Las libaciones rituales del mate nos reunían siempre un buen puñado de amigos alrededor del viejo Vicente Mari, otra figura que merece ser biografiada más extensamente que no lo ha sido por la integridad inmaculada que supo mantener hasta su último hálito de vida, cuya cabeza alba y despierta guardaba fielmente el recuerdo de una Argentina libertaria en la que campeaban las figuras de Antilli, Pacheco (40), Barrett, Souto, Arenas, Florencio Sanchez y la pléyade de « porteños » que tanto auge dieron a las ideas anarquistas.

De hecho había dos residencias para el Comité Nacional de la F.I.J.L., la oficial, ubicada en la bucólica plaza Marengo, lejos del fárrago ciudadano, y la oficiosa en la calle 14 Juillet.

Tiempo de actividad orgánica que cristalizaba en circulares, artículos para « Ruta », nuestro órgano juvenil, misivas a todos los rincones de Francia y presencia perenne en las asambleas de la C.N.T. donde se debatía, indecisa aún, la trayectoria de la organización confederal.

De los departamentos fluían repetidas llamadas para que mandáramos oradores y nuestro comité miraba aterrado alrededor suyo sin descubrir uno solo entre sus integrantes. Tuvimos que improvisarnos en mediocres Demóstenes para calmar las exigencias de las Locales y Raúl empezó a presentarse en las

(40). — R. González Pacheco tiene ocasión de poner de realce, al citar una carta del compañero Vuotto, la calidad del viejo Mari: «Sabed que yo he visto a nuestro Vicente Mari, con sus 62 años ennoblecidos de fatiga y de ideal, magullado a puntapiés y golpes de puño; lo he visto con más dolor y vergüenza que si me viera en ese estado a mi mismo.»

(R. González Pacheco: «Carteles», tomo I, American-lee, 1956, Buenos Aires)

tribunas sin que lograra jamás adquirir la condición de orador: «De orador te sobran más de cien, de arador te faltan más de mil» nos decía el buen Felipe, quien siempre se manifestó contra la oratoria mitinera. «Raúl no era orador elocuente — escribe Alaiz —, sino conversador original. Habló aquella tarde (en Lauragais, entre Toulouse y Castelnau-dary) como en tertulia de confianza, no como corroído o adulado por el público» (41).

El propio Raúl sabía de su impericia oratoria. Me lo decía sincera y llanamente: «Ayer, domingo (6 de mayo de 1945), fui a dar una charla a Montauban — escribe en una de sus misivas —. El tema, elegido por los jóvenes libertarios de dicha ciudad, era: «Historia de la Primera Internacional». Me avisaron con precipitación, sin darme tiempo a prepararme. No obstante y para salvar la responsabilidad de todos me displacé. ¿Cómo resultó la charla? Los compañeros de Montauban dijeron que habían quedado bien impresionados. Yo quedé descontento de mí mismo». Era lógico. La tribuna era un traje que no iba a su medida de conversador de corro alrededor de la «pavita» y de amenizador de sobremesa de plato único. En la tribuna — y en las asambleas también — su nerviosismo se exteriorizaba con repetidas sacudidas del hombro y un movimiento peculiar de la cabeza: «Raúl — dirá nuevamente Alaiz — meneaba el hombro cuando habla, cosa que no hace cuando después de una cena frugal nos canta tonadas argentinas y nos cuenta episodios de la vida gaucha» (42).

Pero su paso por el Comité no le hizo cambiar de opinión respecto a los órganos representativos y cuando se celebró el Segundo

(41). — Felipe Alaiz: Op. cit.

(42). — Rodela: «Apostillas...», ya citado.

Congreso de la F.I.J.L., en Toulouse también, los días 17, 18 y 19 de marzo de 1946, a pesar de la insistencia de los delegados en ver a Raúl figurando en el nuevo Comité Nacional, éste declinó el nombramiento en forma absoluta e irrevocable. «No puedo», dijo, como única razón.

No podía añadir más.

Raúl ya se sentía violento, no sólo en el Comité, no sólo en Toulouse «receptáculo de Comités», sino en cualquier parte del suelo galo. Estábamos en 1946. Hacía dos años que Francia había sido liberada de las fuerzas del Eje y casi un año que el armisticio (7 de mayo de 1945 en Europa y 15 de agosto en el Japón) había sido firmado. Sin embargo la recompensa que esperaban los refugiados españoles por tantos sacrificios aportados a la Resistencia, por tantas vidas ofrecidas en holocausto al derrocamiento del fascismo, por tantas miserias y vejaciones pasadas en Europa y en el desierto africano, esta recompensa no llegaba. Las democracias se vieron repentinamente afectadas de la más total de las amnesias y se olvidaron de los 50.000 resistentes españoles que habían luchado codo a codo con las Fuerzas Francesas del Interior en el Macizo Central, en los Alpes, en las Landas y donde quiera que hubiera un reducto antifascista; se olvidaron de las tropas de choque de la División Leclerc, que fueron las primeras en alcanzar el Hotel de Ville de París el 24 de agosto de 1944 sobre tanques bautizados con nombres tales como «Durruti», «Belchite», «Guadalajara», etc., y se olvidaron, sobre todo, de las entrevistas que Franco tuvo en Bordighera con Mussolini y en Hendaya con Hitler. Los laboristas ingleses, después de haber explotado el «slogan» «One vote to Churchill is one vote to Franco» y haber ga-

nado las elecciones, ratifican la confianza al gobierno « de facto » español y Bevin le da a Franco el espaldarazo ignominioso (43).

Raúl y muchos compañeros más no podían observar impasibles la maquinación internacional reaccionaria cuando habíamos esperado ese desenlace de la guerra mundial que tenía que preceder de muy poco tiempo — tan ilusos éramos — la caída del régimen franquista.

La diplomacia no se apartaba de sus derroteros maquiavélicos y la posición de las democracias cambió en cuanto los enviados especiales de Franco acudieron a Washington, a Londres y a París para garantizar toda clase de exigencias que los « grandes » reclamaran.

El anarquismo tenía razón una vez más. Los intereses del pueblo español sólo podían ser reivindicados y conquistados a través de la acción directa.

(43). — El día que se pongan de relieve todas las aportaciones de los refugiados españoles en la lucha contra las fuerzas del Eje se maravillará el mundo de lo mucho que fué capaz el estado ibérico. El Cuerpo Franco de Africa, en el que se respetaron todos los grados del Ejército Republicano español y que fué resultado de la entrevista que tuvieron Churchill y Roosevelt en Anfa (Marruecos) en enero de 1943, se destacó como una de las mejores fuerzas aliadas en el Africa. En 1942 y al mando de Koenig, la resistencia en Bir Hakeim hizo posible el triunfo de Montgomery en El Alamein. Con Koenig había centenares de españoles que tiñeron de rojo las arenas del desierto. Koenig mereció los mejores cumplidos del Alto Mando aliado, los refugiados dos metros cuadrados de tierra en el cementerio de Bir Hakeim. Dice Alonso de Granada («El Nacional» de Caracas, 5 de diciembre de 1959), que de los primeros 1.500 hombres que de Gaulle logró reunir en Londres, 853 eran republicanos españoles. Añade que la 9a. compañía del 3er regimiento del Tchad era totalmente de refugiados. Bizerta fué liberada, al to-

Raúl se violentaba cada día más y poco a poco pasó a ser idea fija en su mente el franquear los Pirineos para combatir al franquismo en el propio suelo español.

Esta idea fué gestándose poco a poco y al calor de las conversaciones que un puñado de jóvenes mantenían sigilosamente en Toulouse, Burdeos y París. En noviembre de 1945 llegaba desde el continente africano Liberto (44) con el que Raúl no pudo pasar a España en 1942 cuando aquél lo lograba con Diego. Liberto también venía con la misma idea talarándole la masa gris: la labor conspirativa dentro de España.

Cuando en las sesiones del Congreso de la F.I.J.L. de marzo de 1946, Raúl no aceptó de

marse su base naval por los españoles del Cuerpo Franco de Africa el 7 de mayo de 1943.

Volviendo a los españoles de la División Leclerc, es totalmente cierto que refiriéndose a ellos decía el general francés: «A ceux là personne n'est capable de les arrêter». Fueron ellos los que, después de sacrificar veintiséis vidas, se apoderaron del Hotel Maurice, donde se hallaban 800 oficiales alemanes y el jefe militar de París, general Scholtitz. Se sabe inclusive quién desarmó al general nazi y lo entregó al mando aliado; su nombre: Antonio Gutiérrez.

Entre los célebres paracaidistas del cerco de Arnhem, en Holanda, había una gran cantidad de españoles y los primeros que llegaron a Berchtesgaden, el cubil de Hitler en la Baviera alemana fueron también españoles. Federico Moreno, uno de los primeros en precipitarse a la toma del «Berghot» hitleriano, una vez tomaron la fortaleza, gritó: «¡Ahora a El Pardo, ahora a El Pardo!». Era lógico, el propio general Eisenhower les había dicho en la alocución del célebre día 6 de junio de 1944: «Tengo que deciros que aunque el asalto inicial no se ha efectuado en vuestro país, la hora de vuestra liberación se acerca.»

(44). — En «Ruta», 5 de noviembre de 1946, Raúl le dedica a Liberto un emotivo saludo que lo titula: «¡Salud, hermano!», con motivo de su llegada a Francia.

nuevo el cargo y dijo simplemente: «No puedo», fué porque en aquellos mismos días nuestro amigo se iba a lanzar a la gran aventura que, dos años más tarde iba a arrancarle la vida.

Raúl, Amador Franco y Antonio López lo tenían todo listo para el gran paso y éste fué llevado a cabo con todo éxito. Desde aquel momento Raúl se sentía de nuevo en perfecta sincronización con su exigente conciencia.

Poco tiempo después nos reuníamos en España la mayoría de los jóvenes inquietos que también sentíamos el cosquilleo de la conciencia. Fueron tiempos de heroísmo y sacrificio volcados íntegramente en favor de la causa antifrancquista tratando de conseguir con el holocausto generoso de la sangre juvenil lo que ya habíamos pagado con creces los refugiados españoles en Francia y en el mundo entero en la lucha armada contra el fascismo internacional.

Dice Peirats: «Desde 1939 funcionaban en España los piquetes de ejecución en medio de un ambiente de fatalismo. Policías y verdugos actuaban impunemente. El terror y el hambre tenían abatida, sin reacción, a España. Los estadistas aliados habían disparado en la nuca de pueblo español. Pero a partir de 1945 ya no se asesina impunemente. Amador Franco y Antonio López se defienden a tiros antes de caer prisioneros, al penetrar en España con material subversivo. Poco después serían fusilados» (45).

Los grupos anarquistas se van constituyendo vertiginosamente. Raúl reanuda de nuevo su táctica de linyera y recorre España de punta a punta. Cambia de identidad a cada momento porque en breve se convierte en presa

(45). — José Peirats, en el prólogo de «América hoy», del autor.

codiciada de la policía española. La Brigada Social de Quintela pasa noches en blanco a la búsqueda del escurridizo Raúl. Sus papeles cambian como su ropa. Hoy se llama Julio Heredia, mañana Armando Lacunza, mas tarde Eduardo Lafuente...

Ha habido veces que se ha visto frente a los agentes de Quintela y la primera quizás fuera en septiembre de 1946, cuando la policía, usando la manida estratagema, mandó un agente, simulando ser un compañero, para concertar una entrevista en un café de Barcelona. En aquella ocasión Raúl logró salvarse simulando empuñar una pistola en el bolsillo de la gabardina, lo que motivó que el sabueso de Quintela pospusiera el deber en favor del instinto de conservación.

En 1946, a resultas de mi detención, Raúl pasó a Francia nuevamente no sin antes personarse en la cárcel de San Sebastián y, simulando ser el cuñado de Amador Franco, consiguió entrevistarse con él.

Este hecho, poco conocido entre los allegados a Raúl, demuestra a qué pináculo sublime elevaba nuestro amigo la amistad y la solidaridad. Era ya considerado Enemigo Público Número Uno por Quintela y la Brigada Social y las consecuencias de una acción semejante eran imprevisibles. En primer lugar se atribuía una personalidad que no era la suya, desconocía, además, el grado de vigilancia que los dos detenidos, Amador y Antonio López sufrían, ignoraba hasta dónde habían resistido en sus declaraciones, lo que, vistos los procedimientos empleados por los esbirros de San Sebastián (46), hubieran podido ser peligrosas

(46). — Las torturas que sufrieron Amador Franco y Antonio López fueron de las más crueles y refinadas. Raúl, más tarde, explicó que Amador había sido suspendido por los pies un día entero y que en repetidas ocasiones lo izaron por sus partes.

para el propio Raúl. Sin embargo la noción del deber y de la amistad era tan himalayesca que aun a sabiendas del peligro en que incurría prefirió exponerse y, una vez más, dejar en descanso de deber cumplido a su conciencia.

En este primer período que termina con el mes de diciembre de 1946, Raúl ha conseguido ganarse las amistades de preciosos compañeros, quienes, a la vez, lo van recomendando a otros a través de todas las latitudes españolas. Su noción del deber y su empeño en la lucha le permiten, a pesar de todo, que dedique pequeñas fracciones de sus días en conocer a España. Durante su estancia en Granada tuvo la ocurrencia de fotografiarse en la Alhambra vestido de moro. Aquella alhaja de la arquitectura árabe llegó a impresionarlo enormemente y me hizo promesa formal de mejor volcarse, cuando tiempo sobrara, al estudio de la civilización árabe y bereber. Lamentaba no haber dedicado mayor atención a los escritos de Gonzalo de Reparaz y a los que reivindicaban para España el acervo de la cultura árabe. Recuerdo que encontró horrible el Palacio que Carlos V mandó edificar en el propio solar alhambrino a Machuca. Aquel renacimiento tardío era el parche de peor gusto que podían haber endosado al lugar.

De su paso por Andalucía hay una anécdota que nos narra Manolo y que por su importancia me atrevo a copiar textualmente: «... Nuestra llegada a Granada coincidió con las fiestas, allí muy celebradas, del Corpus. Una procesión se atravesó — inopinadamente — en su camino. La llamada plaza de Biba Rambla fué testigo de que mientras todos se arrodillaron ante el paso de las imágenes religiosas, uno no lo hizo: era Raúl. En otro cualquier tiempo esto no tiene importancia. Hoy sí. Cuando muchos pseudo revolucionarios doblan su espíritu ante la

Iglesia, casándose o bautizando a sus hijos, en hechos de mayor responsabilidad moral, él negóse a doblegarse» (47).

Anécdota que hubiera podido terminar muy mal. Por no haberse querido doblegar, a Raúl pudieran haberlo quebrado, como el acero de buen temple. Por aquella vez, felizmente, el acto no tuvo mayores consecuencias.

En Francia, después de publicar una serie de trabajos firmados con uno de los nombres usados en España: Armando Lacunza (Armando era uno de sus tres nombres de pila y Lacunza era su segundo apellido, correspondiendo al nombre de su madre), en los que hace promesa formal de **continuar batallando por la libertad integral de España** (48), está el tiempo necesario para prepararse para asistir al II Congreso de la Federación Anarquista Italiana, que tendrá lugar en breve en la ciudad de Bologna.

De su paso por Italia quedó, entre los compañeros de ese país latino, un excelente sabor que he tenido ocasión de comprobar en 1958 con motivo de recorrer de nuevo la bella península de Dante.

Existe una carta dirigida a Aurora, que se hallaba aún en España en aquel entonces (junio de 1947), que está escrita a máquina y la firma con el nombre italiano de Errico, posiblemente en aras a rendirle homenaje a Malatesta.

En la misiva refleja el dolor que la muerte de Amador Franco y Antonio López le ha pro-

(47). — M. Franz Valle: «Raúl Carballeira, muerto en una refriega». («Ruta», 10 de julio de 1948).

(48). — Armando Lacunza: «Exhortación a la solidaridad». («Ruta», 21 de enero de 1947). Fue un trabajo escrito para justificar mi silencio de correspondal motivado por mi detención: «Los lectores de «Ruta» no volverán a ver, quizá por largo tiempo, la firma de nuestro amigo Julián Fuentes...»

ducido y su estado de ánimo, que debe reflejarlo en metáfora, lo expresa así:

«Aburrido de aquí, no. Terminadas mis gestiones comerciales, tampoco. Y conste que no por falta de actividad, sino de medios económicos. Mis pasos ya están dados. Ahora tiene la palabra la Empresa. Esta se halla con la caja medio vacía, por cuya razón va dando largas al asunto y diciéndome que no me impaciento. Porque de tanto en tanto me devoran los nervios y pierdo los estribos.

»En ciertos momentos pienso volver a hacerle compañía a Victoria (se refiere a Liberto, que se halla en Barcelona). Luego reflexiono y me pregunto hasta qué punto sería conveniente retornar a su lado. El problema de la vivienda es difícil de solucionar en Bologna (Barcelona). Y eso de andar molestando siempre a las amistades resulta sumamente violento. Además, sin una relativa garantía económica no se puede hacer un trabajo realmente efectivo. Tengo entendido que ella se queja de su precaria situación. Precisamente antes de separarnos yo le preví y le manifesté mi criterio al respecto.

»Mi intención es, si no me voy con ella, quedarme aquí. Con mis padres (Francia) me aburriría pronto. Me conozco bien. Prefiero estar un poco alejado, semi circundado de montañas; cerca del mar. Aunque me desagrada que la gente beba tanto vino en estos lares, yo puedo vivir y vivo mi propia vida. Cuando termine el compromiso con la Empresa, si quiero quedarme tengo trabajo en Carrara. En la casa que estoy soy uno más de la familia».

Termina la misiva acto seguido pero hay un Post-Data que dice: «Ahora mismo recibo un telegrama de la dirección de la Empresa diciéndome que mi gestión ha terminado y que me vaya. ¡Al cabo de Buena Esperanza me iría!»

la talogación² lleva, como ya
dijimos, los acervos por escrito. Y
ninguna se olem, en esta los contig-
nidos que parte del trabajo de
"Rito" está en la Brevi-
sido pueden tomarse a mi
por plagio, sino a ti
también, Germán. Porque si
podría servir — admitiendo que
lo mismo — que el artículo que
el escrito original, que la Brevi-
cia? Si alguna importancia
tiene el libro, vale la
que podría servir de arma
a nuestros opositores, vale
toda la los misos. Eh!

Al año más o menos de haber atravesado los Pirineos, los franqueaba nuevamente con el buen amigo Pedro en el mes de diciembre de 1947.

Mi causa había pasado del Tribunal Militar al Civil y éste, siempre escaso de dinero, nos concedió la libertad provisional bajo fianza en efectivo a todos los que nos hallábamos comprendidos en el mismo proceso.

Cuando llegó Raúl yo ya llevaba unos días libre y ambos decidimos ir a Madrid a fin de reanudar las cosas donde se habían quedado a raíz de mi detención y, sobre todo, de su forzada escapada hacia Francia.

Los días que pasamos en Madrid fueron estrujados al máximo y todas las mañanas en las que no había contactos orgánicos las dedicábamos a visitar el Museo del Prado y cuando quince días más tarde tomábamos el tren en la estación de Atocha, nuestro acervo de cultura pictórica se veía grandemente aumentado.

El gusto de Raúl era caminar. Lo hacía siempre a grandes pasos y pasear con él era Marathón más que deambuleo. En Madrid descubrió tener una debilidad por los «churros» y los callos.

El problema económico, como ya se lo señala a Aurora en la carta citada, era el mayor obstáculo para el desarrollo de una actividad conspirativa. A duras penas conseguimos, en Barcelona, sacar « Ruta » en formato de un octavo que se componía letra por letra y en condiciones que la seguridad del periódico y de quienes lo confeccionábamos y lo redactábamos hacían casi absurdas.

Como medida de seguridad todos los amigos nos habíamos puesto apodos. Raúl cargó con el de «Don Juan». Ramón González, el valiente compañero que cayó muerto en el cruce de la calle Tallers y Valdoncella el 13 de junio de

1948, era «El Nano» y a su compañera le endosamos el apodo de la «Xata». Estaba «El explorador», «El Llarg», (Celedonio García, muerto también en la lucha contra las huestes de Quintela), «Tom Mix», «Petronio» (Facerías, que pasará a ser el siguiente Enemigo Número Uno para la Brigada Social y que murió en una emboscada), «Chirimoya», «Galeno», «El Yayo»... Yo mismo no escapé del mote y tuve que convertirme en «Santo Tomás de Aquino».

Con el año cuarenta y ocho la represión recrudeció al máximo. El día que nos reunimos para celebrar su aniversario, el 28 de febrero, flotaba en el ambiente un pesimismo que la docena de jóvenes allí reunidos tratábamos de disimular lo mejor posible. Raúl cumplía treinta años y yo brindé por el que, según Goethe, sólo estaba franqueando los umbrales de la vida. Olvidaba que las expresiones del diplomata de Weimar no podían ajustarse al revolucionario que pone su vida en juego a cada momento. El hogar que nos daba albergue en aquella ocasión lo había hecho en múltiples ocasiones y todos nos sentíamos seguros y tranquilos. Allí había la biblioteca social más importante que podíamos anhelar en nuestra vida de salto de mata. Libros recogidos con esfuerzo inaudito y a base de sacrificar necesidades. Precisamente fué la golosina de aquellos libros lo que hizo de Raúl un visitante asiduo del lugar. Allí podía regalarse nuestro hombre con la prosa de Antilli y el grito de González Pacheco. Podía escoger en la profusión a Lorenzo y a Mella, a Faure y a Malato, a Tucker y a Stirner, a Fabbri, a Reclus, a Armand, a Bakunin, a Proudhon, a Prat, a Rocker, a Nettlau, a Guyau, a Kropotkin, a Falaschi.

Refugio espiritual, cultural y físico, aquel hogar lo era para todos nosotros y en todos los momentos del día y de la penumbra.

Recuerdo que aquel 28 de febrero de 1948, las muchachas nos pusieron sal en el azucare-ro y al tomar el café todos nos servimos el cloruro de sodio sin sospechar nada. El primero en sorber aquella purga de caballo aparentó la mayor naturalidad y posó la tacita encima la mesa dando continuidad a la animada conversación de sobremesa; lo mismo hizo el segundo, y el tercero, y todos. La curiosidad femenina se moría de impaciencia y empezaba a preguntarse si, verdaderamente, el azúcar había sido reemplazado por la sal. Al fin, no pudiendo resistir más, nos preguntaron qué tal sabía el café y allí fué el alborozo cumbre.

Posiblemente fué la última alegría colectiva que tuvimos. Las dos o tres veces que, posteriormente, fuimos a Las Planas registraron contentos de menor grado.

Cuando el mes de junio llegó andábamos atareados, principalmente Raúl y «Tom Mix», en sacar los números de «Ruta» y «Tierra y Libertad». Fué cuando una redada realizada en Madrid posibilitó que cayera en manos de la policía la dirección de un familiar en Barcelona a través del cual se había cruzado alguna correspondencia entre el Centro y Cataluña. La policía acudió a la táctica de siempre: se presentó un agente vestido de civil y argumentando en léxico cenetista al tiempo que decía ser un escapado de la redada de Madrid. Era necesario, añadía, reunir de inmediato a todos los compañeros, vista la gravedad de la situación. El familiar alegó que no sabía de qué se trataba y que su hermano, el interesado en cuestión, no lo veía sino muy de tarde en tarde. El sabueso dejó recado, entonces, para verse en la Fuente de Canaletas el próximo domingo, 13 de junio, esperando que en el intervalo ya habría habido posibilidad de pasar el encargo.

Temiendo la emboscada pero aceptando la posibilidad, por otra parte, de que bien pudiera ser un escapado del Centro, decidimos ir a la cita dominguera tomando para ello toda clase de precauciones. Sólo uno se daría a conocer y trataría de profundizar lo suficiente, en léxico, nombres, situaciones, etc., para llegar lo antes posible a descifrar la incógnita.

El encuentro fué a la hora prevista y el compañero empezó a preguntarle al sabueso sobre la suerte de los amigos madrileños al tiempo que, a paso tranquilo, se dirigían por la calle Tallers. A pesar de conocer perfectamente las expresiones usadas en la Organización, el sabueso fallaba en cuanto a los nombres y a ciertos detalles de tipo estratégico y llegando a la altura de la calle Valdoncella ya estaba fuera de dudas de que estabase tramando una emboscada. «Tom Mix» y Ramón, los más impacientes, aceleraron sus pasos precipitándose contra el policía. Este a la vez, estaba protegido por otros «transeúntes» que demostraron ser sicarios estratégicamente situados. El tiroteo alteró el silencio dominguero de aquel rincón de la vieja Barcelona y se formó una cierta confusión que nos permitió escapar de la red policiaca tendida a nuestro alrededor.

El parte policial del lunes señaló que un **policía había muerto en cumplimiento del deber**, pero en la creencia nuestra está que los policías muertos fueron más de uno.

De parte nuestra tuvimos que lamentar la pérdida de Ramón, «El Nano».

No había llegado a conocerlo a fondo a Ramón. Era de Granollers y en cierta ocasión creo que nos presentó a su madre, un ejemplar del agro catalán, tenaz y hermética pero que llegó a conmoverse al vernos a todos tan unidos y tan serenos.

De «El Nano» tengo un párrafo de Aurora

que lo retrata en toda su generosidad y altruismo: «Pobre «Nano», tan risueño, tan lleno de vida y generosidad. Un año le tocó una «Mona» de Pascua, el clásico y monumental pastel catalan y, ¡con qué alegría la llevó a la cárcel! ¡Asombro de oficiales y festin de presos!»

«Tom Mix» recibió un disparo en el vientre, pero consiguió llegar por sus propios pasos hasta la plaza de la Universidad, de donde tomó un taxi y pudo llegar hasta lugar seguro y curarse después de varios días de operación y serio tratamiento. Su fortaleza física y su voluntad lo salvaron. Raúl sufrió un rasguño en el brazo y el resto salimos ilesos, pudiendo todos ganar lugares seguros.

El balance no podía ser más decepcionante para la policía. Quintela forzó la Brigada Social a dejar en suspenso todos los demás asuntos y volcarse desesperadamente a la búsqueda y captura, vivos o muertos, de todos nosotros. El máximo del esfuerzo policiaco iba dirigido a la localización de Raúl, el Enemigo Público Número Uno, y hacia su escondite esperaba Quintela que lo dirigiera una compañera con la que se sentía muy ligado Raúl en esta última fase de su vida. Dicha zagala ignoraba que fuera seguida y estimaba honestamente a Raúl para que nadie de nosotros haya llegado a pensar, por un solo instante, el mínimo atisbo de maldad en ella.

Sin embargo, fué el instrumento inconsciente que guió a las huestes de Quintela hasta Montjuich, que es donde se había refugiado nuestro amigo.

Estos últimos días de Raúl se hallan envueltos en la nebulosa y las deducciones podrían pecar de erróneas. Así, cabe la posibilidad de que la traza de Raúl haya podido ser hallada a través de «El Explorador», que cayó preso unos días antes. «El Explorador» sabía dónde tenía que encontrarse con Raúl y previamente

tenían que hacer, ambos, una seña en un árbol que sería la confirmación de la cita para el día siguiente. Raúl acudió a la cita, mas no «El Explorador», y cuando un par de horas más tarde la compañera iba a verlo, lo vió de lejos correr por la calzada en busca de su refugio. Ella consiguió verlo aún y juntos enterraron la documentación. Se despidieron con el presentimiento de que iba a ser el adiós postrero y efectivamente fué así, ya que en el mismo día la muchacha fué detenida.

De hecho Raúl estaba ya cercado. Desde la torre del Estadio de Montjuich, Quintela y sus estrategias dirigían las operaciones. Habían movilizado varios camiones de guardia civil, policía y los hombres de mayor confianza de la Brigada Social dirigían los pelotones en su maniobra envolvente.

Raúl tenía un arma y algunas municiones. Las agotó todas disparando contra aquella avalancha de barbarie que iba cerrando el cerco más y más. Queda la incógnita de la última bala. ¿Fué para él mismo?...

A la muchacha le permitieron velar el cadáver en el Hospital Clínico, pero su zozobra y desespero no le permitió fijarse en este detalle, que tiene una importancia extraordinaria.

Cuando pasé a Francia tuve ocasión de hablar con el compañero que le dió albergue en la ladera de la montaña de Montjuich y que fué el mismo lugar donde halló la muerte. Tampoco pudo aclararse la incógnita, ya que él no se hallaba en el lugar cuando columbraban los hechos que terminaban con la vida de nuestro amigo. La única información que desbroza un algo el misterio me la dieron mis familiares, que la recibieron por boca del propio Quintela.

El jefe de la Brigada Social hubiera querido cogerlo vivo, y este placer no se lo permitió

Raúl. La última bala de su pistola se la alojó él mismo en los sesos.

Digo más arriba que el fin de Raúl, muerte o suicidio, tiene gran importancia por que al comprobarse que Raúl se suicidó — y yo me aferró a esta posibilidad vehementemente — queda de manifiesto que hasta el último momento el sentido del deber y de la responsabilidad no lo abandonaron. Raúl sabía que la resistencia física humana tiene un límite y dudaba de que, presa codiciada como él era y sabedor como ninguno de la intimidad orgánica y todos sus secretos, pudiera hacer frente al pelotón de verdugos de la Jefatura de Policía de Barcelona y todas sus refinadas torturas.

Quitarse la vida, como vemos tantas veces, por los desesperos sentimentales, el asco que el mundo pueda inspirarnos algunas veces, el fracaso que frente a la sociedad sufrimos, no es ninguna heroicidad. Vargas Vila sólo hace demagogia cuando quiere demostrar que el hombre es superior a Dios porque puede dejar de vivir a su antojo mientras que Jehová está condenado a vivir eternamente. El suicidio entraña, la mayoría de las veces, la incapacidad de afrontar la existencia.

Sin embargo, el suicidio de Luis Lingg, el de Francisco Donis «Catalá», el de Raúl y el de tantos revolucionarios que se autosuprimen burlando la «injusticia» de la ley, dista mucho de ser una cobardía y hay que ver en este acto sublime un final apoteósico que cierra con broche de oro una vida dedicada enteramente al ideal y a precipitar el advenimiento de una Sociedad Libre.

Raúl nos dirá, mejor que nadie, el valor del sacrificio: «Más cuando la antorcha radiante de una idea noble y justa ilumina la mente y enciende el pecho de los hombres. ¿Qué importa el sacrificio? ¿Es sacrificio acaso dar todo, hasta la vida, por un ideal generoso, si

hay convicción y fe? No, porque, para el idealista es superior la satisfacción recibida por el bien que hace a sus semejantes a todos los peligros; él se prodiga a los seres humanos «sin esperanzas de recompensa, como las aguas del manantial» que diría León Tolstoi. Su recompensa mana torrencialmente de lo más recóndito de su corazón» (49).

Raúl dejaba de existir el día 26 de julio de 1948, a las tres de la tarde. Durante un tiempo sus restos descansaron en un modesto nicho del cementerio de Can Tunis, en la otra vertiente del Montjuich, que tan fatídico le fué. El espacio vital, tan exigido por los muertos como por los vivos, reclamó aquel lugar del que nadie se preocupaba ya y sus huesos fueron a hermanarse con los humildes de la fosa común. El ambiente ibero se lo había ganado y una voluntad que nunca había exteriorizado pero que todos le habíamos adivinado, se realizaba: su reposo eterno lo hacía en el suelo que tanto había querido: España.

«¡Salud! Soy un soplo,
yo me esfumo en el éter,
yo me evado del polvo.»

dirá en los últimos versos del soneto que le dedica a Benito Milla (50).

Aquel linyera rebelde, sediento de horizontes, inquieto a todos los arcanos, llegado entre tantos revolucionarios del orbe por la atracción incontenible de nuestra Revolución, ha-

(49). — Raúl: «Camilo Berneri, apóstol de una idea. («El Rebelde», diciembre, París 1944).

(50) — Hálito. «Desde el Eter». «Libertad» de Rennes, 28 febrero 1946.

bía ido encaramándose paulatinamente hacia las cimas del ideal a fuerza de estudio, entereza y voluntad y su figura de anarquista habíase engrandecido tanto, tanto, que cuando la barbarie franquista lo acosó en el día fatal, la presa no era un ser normal, sino más bien un gigante, un titán.

FIN



IMPRIMERIE DES GONDOLES

S.A.R.L. au capital de 10.000 N.F.

4 et 6, rue Chevreul

CHOISY - LE - ROI (Seine)



Ediciones «SOLI»

TITULOS PUBLICADOS

Rafael Barret: Obras completas (tres tomos)	22,50 NF.
Voline: La revolución desconocida	13,50 »
Rodolfo Rocker: Nacionalismo y Cultura ..	13,50 »
M. Dommanget: Historia del 1º de Mayo	12,00 »
Antologías: El Amor y La Amistad	5,00 »
— Cultura y Civilización	5,00 »
— La Historia	5,00 »
— La Libertad	5,00 »
Felipe Alaiz: Quinet	5,00 »
Varios autores: Salvador Seguí. Su vida y su obra	3,50 »
Juan Rostand: Lo que yo creo	3,00 »
Pedro Vallina: Crónica de un revolucionario	2,80 »
J. M. Puyol: D. Quijote de Alcalá de Henares	1,00 »
Luis Fabbri: Influencias burguesas en el anarquismo	1,00 »
Víctor García: Raúl Carballeira (biografía)	1,00 »
Anselmo Lorenzo: El poseedor romano. El patrimonio universal	0,30 »
Juan Ferrer: Vida sindicalista	0,30 »